



Cleopatra

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA
COMPUESTO CON ESCENAS DE SHAKESPEARE
POR

EUGENIO SELLÉS

*Representado por primera vez en el Teatro Español
el 14 de Enero de 1898*

CON PRÓLOGO DE
D. JUAN VALERA



MADRID

Tip. Herres, A CARGO DE JOSÉ QUESADA, VILLANUEVA, 17
Telefono 982
1898



Advertencia preliminar



LA vida que ha corrido esta *Cleopatra* de teatro tan airada y revoltosa como la que corrió la verdadera Cleopatra en el mundo: las aventuras de su representación, la discordia manifiesta entre los dos jueces constituídos para entender en sus pecados, la crítica y el público de los estrenos: y últimamente, su recogimiento al buen vivir en el retiro á que su semi-padre la ha condenado por razones que no son de lugar, clamaban á voces por un prólogo que significara respuesta ó agradecimiento á quienes la han censurado ó defendido. No lo intentaré sin embargo.

Por lo mismo que en la pelea se ventilan intereses algo míos, debo callar y apartarme del campo donde pudieran las heridas llevarme al apasionamiento y la pasión precipitarme á la injusticia. Todos hemos procedido, con acierto ó desacierto; pero en conciencia y según nuestro leal saber y entender; así el público del estreno que opinó contra la obra, como la crítica que la alabó

y como yo al componerla. Disculpo en unos y agradezco á otros su proceder.

La satisfacción predispone á la serenidad como la desgracia al arrebató, en estas campañas de las letras donde sólo se gana por conquista única, la satisfacción puramente espiritual.

Y he gozado de una que consuela los pesares que he tenido, y templarí las iras si las tuviera. Y es la de que la crítica me ha tratado con amor y el público se ha rehecho asistiendo á algunas representaciones y prometiendo asistir á otras más si yo le hubiera dejado cumplir.

Tal vez el no dejarlo haya sido un bien para mí por si me engañaban las promesas.

A más de estos motivos, hay otro que me excusa de escribir el prólogo; y es que me lo dan escrito plumas de las que no puede sospecharse contagio de la pasión que enciende el interés propio.

Podría yo escoger entre los escritos recientes, aquellos que más me favorecen y copiar, por vía de prólogo, algunos muy vehementes de críticos insignes, regalándome así con solemne función de desagravios.

Pero para muestra y ejemplo de serenidad, escojo de intento un artículo que es conciliador como procedente de un gran maestro que, lejos del tráfigo de estas luchas diarias, considera las cosas desde la cumbre altísima de su inteligencia y autoridad. Figura venerable por su fama y por su historia, español del siglo de oro por su estilo, ateniense por su gusto exquisito y germano por su reposo diplomático.

Con esto queda dicho que se trata de D. Juan Valera. Su artículo, publicado en la *La Ilustración Española y Americana*, va por proemio del drama. Con lo cual salimos ganando el lector y yo: el lector primores, y mi pereza tiempo.

.....
 Y... decíamos ayer—un día antes de estrenarse CLEOPATRA—que este drama está compuesto con escenas del que Shakespeare escribió con historias tomadas á su vez de Plutarco.

He aprovechado sólo lo que convenía á mi propósito, bien ma-

nifiesto al bautizar con el solo nombre de CLEOPATRA á secas lo que el glorioso dramaturgo bautizó con dos nombres, *Antonio y Cleopatra*.

No se me puede elogiar por haber hecho, ni acusar por haber deshecho la obra. Ni la he hecho ni la he deshecho: la he dejado toda aparte, recortando del cuadro la figura de *Cleopatra* y las que la rodean y tocan de cerca en el grupo donde está concentrada la gran tragedia que serpentea como robusta vena de sangre por aquella red de sucesos y diálogos históricos.

El drama, con no ser el mejor, ni aun de los mejores de Shakespeare, contiene, sin embargo, la mejor figura femenina de su portentosa galería, tan superior, que puede llenar un cuadro por sí sola y sin el cortejo á veces confuso, desordenado y embarazoso que la oscurece más que la acompaña.

He extraído los caracteres, la pasión, la acción, los diálogos capitales, y con todo eso, ya suelto y desprendido, he compuesto, ó, más propiamente, recompuesto la obra, agrupado las figuras, y trasmutado las escenas arreglándolas á un plan sencillo, en el cual he procurado que la acción única se desarrolle clara y llegue recta á su término por carriles sin bifurcación ni ramificaciones.

No he achicado el drama, ni hecho lo que en arte se llama una reducción, vaciando lo grande en pequeño. No; eso sí que hubiera sido irreverencia artística y mutilación punible.

He sacado la figura de Cleopatra entera y con su tamaño natural y la acción que á ella toca en sus proporciones originales. Todo aquello en que Cleopatra actúa y se mueve, sus pasiones, sus amores, sus celos, sus flaquezas, sus furias, su vida y su muerte, todo está y permanece aquí tal como en el original, desde la exposición al desenlace. Y aun le he añadido escenas y frases que, si malas por mías, no disminuyen la figura ni la cantidad dramática. Son como los postizos en la mujer: puede decirse que la afean, pero no puede afirmarse que la desmedran. De modo que el drama de CLEOPATRA, ocupando menos lugar, es el mismo primitivo. No corto el texto, sino las márgenes, y así la hermosa pá-

gina cabe íntegra en marco mejor proporcionado al gusto y á las conveniencias de la dramática moderna. Lo mucho suprimido no le pertenece, y estaba muy lejos de su acción. Esta se derramaba antes por medio mundo romano, en cinco actos y entre 34 personajes nominados, sobre algunos mensajeros y soldados sin nombre, pero con voz y sueldo en el teatro.

Ahora todo se encierra en Alejandría y en el corazón de Cleopatra y de Antonio.

Dónde, cómo y por qué he hecho tales supresiones y aditamentos, se verá en las notas correspondientes.

Esto es lo que he emprendido y ejecutado: si bien ó mal, lo juzgará el lector.

EUGENIO SELLÉS.





SOBRE LA PRIMERA REPRESENTACIÓN
DE LA TRAGEDIA "CLEOPATRA,"



ON motivo de la representación de *Cleopatra*, tragedia tomada por Eugenio Sellés de la que Guillermo Shakespeare escribió, siglos há, en lengua inglesa, acuden á mi espíritu no pocas consideraciones, al parecer contradictorias, algunas de las cuales voy á expresar en el presente escrito.

Lo primero que yo afirmo es la infalibilidad del público en asuntos literarios, pero esta infalibilidad suele quedarse *en potencia*, y á veces no se *actúa*, por faltar las condiciones que para ello se requieren.

Pongamos por caso la oda de Quintana al levantamiento de España en 1808. Sin duda es dicha oda una de las más sublimes poesías líricas entre cuantas se han compuesto en toda lengua humana, desde que componen versos los horabres. Cuanto en ella se dice es en extremo nacional y popular: se halla en perfecta armo

nía con el sentir y el pensar del pueblo en todos los momentos, y singularmente en el momento en que se compuso la oda. Y, sin embargo, la belleza de la forma, el primor ineludible del estilo poético, sin el cual no sería verso, sino mala prosa lo que escribió Quintana, y su raptó lírico, á todo lo cual no está acostumbrado el vulgo, inhabilitan la composición para que sea del vulgo comprendida. De aquí que la mencionada oda de Quintana, que debió ser popularísima en nuestro país, sea sólo estimada y gustada por los refinados aristócratas del pensamiento, y sea para el vulgo como el *Libro de los siete sellos*, ó por lo menos como algo escrito en griego ó en hebreico.

En la oda de Quintana comprendo yo perfectamente la causa de la contradicción, y dejo á salvo la infalibilidad del vulgo *en potencia*. Si fuera posible ilustrarle de repente para que penetrase el misterio de la forma, donde lo bello y lo sublime residen, acaso no habría composición alguna poética española que tanto conmoviese y entusiasmase á la muchedumbre.

En otros casos la contradicción es más difícil de explicar, pero también se explica. Sea uno de estos otros casos el de la tragedia *Cleopatra*, escrita en prosa, cuyas bellezas y sublimidades entran ó deben entrar más por los ojos y por los oídos, y representada muy bien, así por María Guerrero, como por Antonio Vico, con atinado lujo, propiedad y elegancia en trajes y decoraciones. La tragedia, no obstante, ¿para qué disimularlo? ha gustado poco. ¿En qué consiste esto? ¿Dónde está, pues, la infalibilidad del vulgo?

La contestación se cae de su peso. No era vulgo, ni era por consiguiente infalible, el público que acogió la *Cleopatra* fría y desdeñosamente la noche de su estreno. Yo tengo por seguro que la *Cleopatra* hubiera sido estrepitosamente aplaudida si acude á oírla, no un público selecto, sino el más humilde y verdadero público de Madrid. El vulgo madrileño del siglo XIX se hubiera complacido é interesado tanto en la representación de *Cleopatra*, como el vulgo de Londres en el siglo XVII.

No eran menester esfuerzos de atención, ni conocimientos pre-

vios para percibir la hermosura y hacerse cargo de la grandeza de la obra y del alto valer que tiene.

Expongamos aquí algunas de las razones que hay para afirmar este valer; valer claro y patente, para cuya demostración no se requiere alambicar mucho, aunque no seamos entusiastas de Shakespeare como Víctor Hugo, sino severos con él como Voltaire y Moratín, de quienes no estará de más sostener aquí que nunca negaron que Shakespeare fuese un maravilloso dramaturgo, un genio extraordinario, por más que censurasen el desenfreno y la carencia de reglas y de medida en sus producciones.

El argumento de la tragedia no puede pasar de moda, ni puede menos de interesar en todas las edades. La situación del mundo civilizado pocos años antes de la venida de Cristo, y el destino de las más importantes naciones de Europa, Asia y Africa, todo se cifra y compendia en una acción cuyo poderoso móvil es el amor ciego y entrañable de un hombre hacia una asombrosa mujer, cuyos hechizos y seducciones parecerían fabulosos é inverosímiles si no estuvieran tan irrefragablemente probados por los testimonios históricos más fidedignos y concordantes.

Entre estos testimonios hay uno admirable por la sencillez, candor y naturalidad del estilo: el de Plutarco, á quien la docta antigüedad aclamó *el bueno y el hermoso*. Shakespeare ha seguido fielmente á Plutarco, poniendo en diálogo y en escena, hasta con las mismas palabras á veces, lo que Plutarco narra. De aquí que, al desdeñar la tragedia de *Cleopatra*, no parece sino que se desdeña el asunto histórico como de poca cuenta, y que se desdeña también al *bueno y hermoso* Plutarco como impertinente, fastidioso y desmañado.

¿Será acaso que Shakespeare haya estropeado el asunto y destruído el encanto de la narración de Plutarco al convertir la narración en drama? Aunque nos sujetásemos á preceptos literarios pseudo-clásicos, más estrechos que los de Voltaire y Moratín, y aunque fuésemos más severos que ellos, tendríamos que contestar con un no á la anterior pregunta. Todas las infracciones de las reglas, las impropiedades y los anacronismos; las chocarrerías que

para divertir y hacerse simpático á la plebe de su tiempo pueda haber ingerido el poeta inglés en su drama; los discreteos y tiquismiquis, tan impropios del siglo de Augusto, que sin duda hay también, y de que Shakespeare gustaba, cediendo á la moda del *eufuismo*, que en el reinado de Isabel de Inglaterra corresponde á lo que fué el estilo culterano entre nosotros; y los personajes inútiles ó inconducentes á lo esencial de la acción, no bastan á desnaturalizarla, ni destruyen ni ofuscan tampoco los rasgos magistrales con que están trazados y con que aparecen á nuestra vista los dos principales personajes del drama: Cleopatra y su amante el triunviro Antonio. Lo complicado de ambos caracteres los hace más humanos, más conformes con la realidad, más históricos y más *vivid*os, sin menoscabar su elevación heroica, sino prestándoles el atractivo de lo inexplicado y misterioso. En el carácter de Cleopatra, en las pasiones que agitan su espíritu, hay una indeterminación y una vaguedad que tienen su fundamento en la natural condición humana ¿Es Cleopatra ambiciosa y soberbia, y ama á Antonio, y tiene celos de Antonio por ambición, por amor propio y por orgullo, ó le ama también de amor vehemente, más ó menos sensual y perverso, pero como aman otras mujeres enamoradas? Esto, ni lo deslinda Plutarco, ni Shakespeare lo aclara, ni Cleopatra misma lo supo durante su vida, ni tuvo de ello plena conciencia. Tal vez lo sintió todo alternativa ó simultáneamente, de donde los diversos aspectos bajo los cuales se nos muestra la figura moral de la singular Reina de Egipto, último vástago de los Lagidas; despreciadora de los dioses; sin más ley moral que su capricho y su deleite; heroicamente valerosa cuando le daba vigor su orgullo; con cobardes desfallecimientos de mujer en otras ocasiones; prendada acaso real y efectivamente de Antonio, como antes lo estuvo de César, como lo están las mariposas de la brillante llama en cuyo resplandor van á quemarse; y tal vez prendada de sus ensueños y proyectos de ambición, y de llegar á ser reina y emperatriz del mundo, imponiéndole como leyes sus antojos desde el Capitolio de Roma, adonde hubiera subido con Antonio si Antonio en Accio hubiera vencido.

El admirable ingenio de Shakespeare está por cima de todas las faltas en que el mal gusto de su tiempo pudo hacerle caer, que la crítica negativa señala, y que aquí no se disimulan ni se atenúan siquiera.

El general aplauso, el entusiasmo secular, la casi adoración con que Shakespeare es mirado en el mundo todo, y especialmente por una de las naciones más inteligentes, ricas, civilizadas y poderosas que ha habido en la tierra, deben infundir é infunden tal respeto, que parece desacato temerario y punto menos que delirio de la vanidad ignorante y presuntuosa el mirar á Shakespeare con desdén, poniendo nuestro propio criterio por cima del de tantos y tan egregios entendimientos humanos, durante tres siglos, unánimes en ensalzarle.

En España somos no poco inclinados á tales atrevimientos, que á veces tienen algo de chistosos, y que á veces también nos parecen simpáticos, como manifestación de cierta independencia de espíritu que no se deja arrastrar de lo que otras personas dicen y piensan. Aquí, si Calderón ó Lope no nos agradan, tendremos el miramiento de no silbarlos; pero lo que es el desagrado no le disimularemos en manera alguna: nuestro disimulo, en todo caso, valdrá para poner en nuestra reprobación la sal y pimienta del chiste. Yo recuerdo que personas bastante ilustradas, llamándome aparte y hablándome con cierto sigilo, han tratado de hacerme confesar que la *Eneida* y que las *Geórgicas* eran obras inaguantables; que la *Iliada* no vale un pito, y que yo elogiaba los tales poemas para no chocar, para conformarme con el parecer de los doctos y para pasar por docto también. Hasta se cuenta de un atildado é ingenioso poeta de nuestros días, que, poco antes de morir, llamó á sus hijos como si tratase de hacerles importantísima revelación, y lo que les reveló fué que el Dante le apestaba.

La verdad es que lo dicho no carece de gracia, y que demuestra que, así cómo ya no hay Inquisición para las cosas de la fe, tampoco debe haberla para la literatura, y que cada cual debe ser libre de examinar y de juzgar según su criterio y como mejor le parezca á los autores vivos y muertos.

Indudablemente los principios en que se funda el criterio literario no son un dogma revelado; pero, en mi sentir, no son tampoco meramente subjetivos. Para mí, así como la moral tiene un fundamento absoluto, superior á toda mente humana, así también, y si no tan claro, no menos firme ni menos absoluto, tiene su fundamento la estética, por cuya virtud comprendemos lo bello y juzgamos las obras literarias y artísticas.

Ahora bien; ¿no es lícito sospechar, como consecuencia, de lo expuesto, que implica por lo menos frivolidad, intelectual miopía, ó ineptitud para fijar la atención y comprender las cosas, el desdeñarlas por malas ó por poco divertidas cuando han sido celebradas como buenas y excelentes por inteligencias superiores de varias épocas y países?

Shakespeare tendrá sus defectos. ¿Qué sér humano no los tiene? Pero mucho ha de valer, á pesar de ellos, cuando nación tan grande y tan dominadora en el mundo como la nación inglesa ha hecho de él su ídolo; cuando Emerson se atreve á decir que dicho poeta anuncia la posibilidad de la aparición en la tierra de una raza superior á la humana, y cuando Carlyle afirma que Inglaterra, su patria, preferiría perder todo el Imperio de la India á perder á Shakespeare, ya que éste, perdida la India y desbaratado y roto en mil pedazos el Imperio británico, será todavía inmortal y glorioso lazo de unión de cuantos hombres esparcidos sobre el haz de nuestro planeta sigan hablando en inglés y pongan en Albión el origen de su casta. No habrá autonomía, ni completa independencia, ni sujeción á nuevo dominio que destruya ó borre la original fraternidad de los ingleses, cuya más clara manifestación será el libro que contiene los dramas del gran poeta. Así, Cervantes, no sólo para la Península española, sino para todas sus antiguas colonias, hoy Repúblicas independientes, será rey ó benigno tirano, cuyo yugo no sacudirán nunca, y que las unirá á nosotros mientras no se olvide el habla castellana, y contribuyendo noble y eficazmente á que no se olvide.

Ya hemos visto que el asunto no es para desdeñado, porque, sobre ser de muy apasionados amores, envuelve en sí la suerte

del mundo en un solemne momento histórico; y, con el nacimiento del imperio de Roma, constituye y marca una nueva era. Plutarco, al referirlo todo, me parece que no lo ha echado á perder. Shakespeare no lo ha estropeado tampoco, á pesar de sus *eufuismos* y desarreglos. ¿Lo habrá estropeado acaso Eugenio Sellés? Pero ¿cómo ha de ser esto posible? Eugenio Sellés, procediendo con el más atinado buen gusto y sujetándose á las exigencias del teatro en el día, ha suprimido cuantos personajes no son indispensables para que la acción se cumpla, se realice á la vista de los espectadores y sea comprendida por ellos; ha procurado observar el precepto de las tres unidades, y casi ha logrado la de lugar evitando las frecuentes mutaciones de escena, la subida y bajada de los telones y la traslación algo fatigosa del público, aunque sea en espíritu, de Egipto á Italia, de Italia á Grecia, y de Grecia á Egipto de nuevo; ha traducido fielmente, en elegante y castiza prosa castellana, lo más bello de Shakespeare, y, por consiguiente, lo más bello también de Plutarco; y, por último, si vale decirlo así sin faltar al respeto que á Shakespeare se debe, ha hecho algo parecido á lo que haría hábil y entendido agricultor que convirtiese un magnífico, frondoso y un tanto cuanto enmarañado bosque, donde pudiéramos extraviarnos, en primoroso huerto, en el que persisten las más ricas y lozanas plantas y flores que en el bosque había, y donde siempre quedan á la vista, sin perderse en el exuberante laberinto del follaje, las dos personas, sobre las cuales importa que la atención se fije.

Claro está que para leer á Shakespeare en casa, todo este arreglo estaría de sobra y hasta sería una profanación; mas para ver la obra de Shakespeare en España y en el teatro, era indispensable el arreglo, y Eugenio Sellés le ha llevado á cabo con amor y con entendimiento del eminente poeta cuya obra arreglaba, con no corta habilidad y con el conveniente saber y experiencia de los efectos y juegos de la escena.

Hecha así la apología de la tragedia *Cleopatra*, que recientemente se ha estrenado en el teatro Español, resulta grave acusación contra el público, á causa de su frialdad y de sus desdenes.

Tal vez me calificará alguien de contemporizador; tal vez me llamará, y perdonésemelo bajo y familiar de la palabra, sobrado pastelero. Yo, sin embargo, voy á ver si disculpo al público ó atenúo al menos su pecado. Líbreme Dios de ser poco galante, de echar la culpa de todo á las mujeres, y de decir como decía Iriarte, hace ya cerca de un siglo:

Las mujeres, que ahora no despuntan
Como en siglos pasados por discretas,
Si en el teatro público se juntan,
Aplauden cuando más al tramoyista,
Oyen tal cual chulada del sainete,
Y sirve lo demás de sonsonete
Mientras que están haciendo una conquista.

Nada de eso. Las mujeres son en el día tan discretas ó más discretas que en cualquiera otra época. Su afición á hacer conquistas no es mayor ni menor. Y en lo tocante á que gusten de las chuladas ó chuscadas de los sainetes, lo que es yo las absuelvo, y hasta me confieso tan pecador como ellas, porque también á mí me divierte y me hace reír lo chusco ó lo chulo, y no veo por dónde ha de oponerse esto á que agraden é interesen también las tragedias. Jamás he llegado á comprender ese á modo de antagonismo, de que ahora se habla tanto, entre el *género grande* y el *género chico*. A mi ver, todo lo que es ingenioso, inspirado y sentido, ya propenda á conmovér, ya tenga por objeto excitar la risa, pertenece al género grande, aunque sea un sainete, como *La Casa de tócame Roque* ó *Las Castañeras picadas*, ú otros de autores vivos que no nombro, para que nadie diga que los adulo. No consiste, pues, ni en la frivolidad de las damas, ni en sus pobres y malos instintos literarios el que la *Cleopatra* no agrade.

Otra razón se aduce para esto, pero aun me parece más falsa. Se dice que vivimos en tiempos harto calamitosos y tristes, por lo cual no quiere la gente que se añadan calamidades y tristezas fantásticas á las reales y positivas que ya la abruman, sino que quiere ir á reír y no á llorar al teatro.

El anterior razonamiento, con todo, no tiene fuerza alguna

cuando se considera que, por calamitosos que sean los tiempos presentes, apenas hay tiempo pasado que pueda calificarse de mejor, en toda la prolongación de los siglos, por donde siempre debieron de agrandar los sainetes y desagradar las tragedias. Y por otra parte, las lágrimas que puede hacer verter una tragedia y el terror y la compasión que la tragedia inspira, son de otra índole muy diferente de las lágrimas, del terror y de la compasión que causan los acontecimientos reales y no imaginados ó reproducidos imaginariamente, con arreglo á lo que sucedió siglos há. De aquí lo que llamaba Aristóteles purificación de las pasiones en el drama, porque nuestro llanto, nuestra compasión ó nuestro terror, por lo que en nuestra vida real sobreviene, traen siempre consigo el dolor, la amargura y la pena, mientras que el llanto, el terror y la compasión que nacen por virtud estética en el espíritu humano, realzan este espíritu en vez de deprimirle, y soberanamente le deleitan. Y en el caso de *Cleopatra* se ve esto con mayor claridad que en cualquiera otro caso. ¿Qué espectador habría en el teatro la noche del estreno que hubiera perdido ó que temiera perder el imperio del mundo, que hubiera dominado despóticamente multitud de pueblos distintos, que hubiera tenido príncipes y reyes en su séquito, y que hubiera caído por su estupendo orgullo, por la ceguedad de sus amores ó por los crímenes casi sobrehumanos de puro grandes, en tan hondo abismo como cayeron Cleopatra y Antonio desde elevación tan pasmosa? Confesemos que la compasión y el terror que puede infundir tal caída, por lo mismo que es tan descomunal y extraordinaria, no molesta ni disgusta. Cualquier sainete, por gracioso que sea, puede molestar y disgustar más. *El Sutil tramposo*, por ejemplo, molestará interiormente, aunque exteriormente haga reír, á todos los tramposos más ó menos sutiles que le vean ó le oigan. Y *Los Tres novios imperfectos* afligirán más que las desventuras de Cleopatra y de Antonio á cuantos novios carezcan de perfecciones y de requisitos, acaso más trascendentales que los que faltaban á los tres del sainete, que eran: tuerto uno, sordo otro, y otro tartamudo.

En suma; por nada de cuanto va dicho ha desagradado ó ha

agradado poco la tragedia de *Cleopatra*. La causa del desagrado estriba en lo poco que se fija la atención; en que entre nosotros acude la gente al teatro, más para ver y ser vista, que para oír los dramas; y en que cierto género de composiciones requiere y hasta exige cuidadoso recogimiento para comprenderlas bien, estimarlas y juzgarlas. El mismo público que hubo en el teatro Español la noche del estreno, hubiera aplaudido y celebrado la *Cleopatra* si la hubiera mirado y escuchado más atentamente. Entretanto, yo creo que, en vez de motejarla por su falta de atención, y en vez de censurar su ligereza, debemos celebrar y aplaudir que se haya aficionado á ir al teatro Español y á escuchar las obras maestras, aunque peque en ocasiones de algo distraído. Esperemos que se corrija de esta falta y que así contribuya eficazmente á que reverdezcan los laureles y á que reviva la gloria que las musas de España alcanzaron en su teatro, el cual compite en hermosura, en elevación y en gracia con los de las demás naciones del mundo, superándolos en riqueza.

De todos modos, tal vez la *Cleopatra* acabe por agradar cuando la gente se haga cargo de que debe ser así, y verdaderamente sienta el agrado, porque lo que es yo, lo digo con franqueza, detesto la hipocresía, y prefiero que silben á Sófocles, á Shakespeare, y á otro mayor dramaturgo si le hubiese, aunque fuera yo quien le tradujera ó le arreglara, á que le aplaudiesen como para cumplir un deber de conciencia, aparentando entusiasmo y disimulando bostezos.

JUAN VALERA.



CLEOPATRA

PERSONAJES

ACTORES

~ CLEOPATRA.....	SRA. GUERRERO.
~ CARMIA.....	» RUIZ.
- EIRAS.....	STA. SORIANO.
^ MARCO ANTONIO.....	Sr. VICO
~ DOMICIO ENOBARBO.....	» DONATO JIMÉNEZ.
~ DIOMEDES.....	» PERRÍN.
~ EROS.....	» CIRERA.
~ TIRREO.....	» MARTÍ.
- PROCULEYO.....	» ROBLES.
~ ESCARO.....	» CALLE.
~ DEMETRIO.....	» TORNER.
SOLDADO 1.º.....	» MONTENEGRO.
SOLDADO 2.º.....	» FERNÁNDEZ.

Acompañamiento de esclavas, eunucos y soldados.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países en los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Administración Lírico-Dramática de los **Hijos de Hidalgo**, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.



ACTO PRIMERO ⁽¹⁾

Habitación del Palacio real de Alejandría. En el fondo un gran pórtico separado del primer término por una columnata.

ESCENA PRIMERA (2)

ENOBARBO, DEMETRIO Y EIRAS

ENOB. Preparad pronto lo necesario para el banquete; sobre todo vino, mucho vino para beber á la salud de Cleopatra.

Sabéis que Antonio no lo escasea.

DEMET. Comilonas, borracheras, lujurias, siempre lo mismo.

ENOB. ¡Quién lo esperara!

Aquellos ojos altivos que fulguraban sobre las legiones romanas, no saben más que mirar humildemente el rostro atezado de una egipcia.

(1) El acto primero tiene en el original catorce escenas, contando por tales las entradas de los personajes en escena.

He suprimido lás que pasan en Roma en el palacio de Octavio y otras, y ligado las restantes reduciéndolas á siete. He suprimido además tres mutaciones de decoración, que representan aposentos del palacio de Alejandría, innecesarias porque toda la acción puede ocurrir bien en un solo lugar.

(2) Esta escena es nueva, fuera de algunas frases puestas en boca de Enobarbo, dichas por Filo en el original.

Aquel corazón poderoso que en el fragor de los combates reventaba las hebillas de la coraza, se ha transformado en abanico para templar los ardores lúbricos de una gitana.

EIRAS. Entrando á Enobarbo.) Un mensajero llegado de Roma quiere ver á Antonio.

ENOB. Será difícil que lo vea, aunque fuese enviado del mismo César. No es hombre Antonio que deje interrumpir su gran ocupación: la de adorar á tu señora. Hablará conmigo si le es igual, y después... veremos. Hazle entrar. (Se va Eiras.)

ESCENA II (3)

ENOBARBO Y TIRREO

TIRREO. Salud, Domicio Enobarbo.

ENOB. Bien venido seas, si traes buenas nuevas.

TIRREO. Nuevas, sí.

ENOB. ¿De Roma?

TIRREO. De allí vengo, sólo para hablar con Antonio.

(3) Esta escena no existe en el original. La he compuesto con materiales míos y con ideas y frases esparcidas en el acto segundo y puestas en boca de Octavio y de Lépido. Considero que lo que en ella se refiere es más oportuno en este lugar que en el acto segundo.

Son antecedentes que sirven para la exposición de hechos y caracteres y pueden embarazar cuando el drama está andando.

Tirreo cuenta como si lo hubiera oído lo que Octavio y Lépido dicen de Antonio y de Cleopatra.

La descripción que hace Enobarbo del primer encuentro de Cleopatra y Antonio está en la escena segunda del segundo acto original.

- ENOB. Que le hables alguna vez, no será difícil.
Que cuando le hables te escuche, no será tan fácil.
Pero que aun escuchando tus palabras cumpla tus propósitos... eso ya será...
- TIRREO. Imposible, lo sé.
- ENOB. ¿Lo sabes?
- TIRREO. ¿Quién ignora en Roma lo que Antonio hace en Egipto? De labios del mismo César he oído contar la vida que aquí lleva su competidor.
Sábese allá que apenas da audiencias, ni se acuerda de los negocios de Roma.
Que pesca, que bebe, que consume las lámparas nocturnas en alumbrar bacanales: que, perdida su entereza, es hoy tan afeminado como la viuda de Tolomeo que le ha quemado el cerebro. Compendio, en fin, de todos los vicios que envilecen á los hombres.
- ENOB. Sus defectos no bastarán nunca para obscurecer sus virtudes. Son más bien que adquiridos, heredados y fatales.
- TIRREO. Si él peca de vicioso, tu amistad peca de indulgente, ó no sabes lo que sucede en Italia.
Bien sé que no son grandes crímenes, ni dormir en el lecho que dejó Tolomeo, ni dar un reino por un chiste, ni beber con los esclavos hasta emborracharse, ni irse tambaleando por las calles, ni luchar á brazo partido con la canalla. Pase que Antonio empleara solamente

sus ocios en voluptuosidades: á sus huesos tendría que dar cuenta; pero gasta en ellas todo el tiempo y todo el valor que le pide el servicio de su patria.

Entretanto Pompeyo domina el mar. Menecrates y Menas invaden la Italia. Los piratas aprehenden nuestros barcos y la rebelión cunde por las costas. César y Lépido lo necesitan para salir juntos á campaña.

Sólo hay un romano que celebre la perdición de Antonio y se alegre con sus alegrías.

ENOB. El enemigo de César; Pompeyo.

TIRREO. Pompeyo, que pide diariamente á los dioses que conserven frescos por siempre los labios de la carnal Cleopatra: que á su belleza se una la hechicería, para aprisionar perpétuamente al libertino Antonio: que la cocina epicúrea le avive el apetito con salsas estimulantes para que la hartura y el sueño adormezcan su honor y su valentía.

ENOB. Pues los dioses oyen á Pompeyo, porque aquí nos defendemos del sol de Egipto durmiendo de día, y acertamos las noches bebiendo. En cuanto á Cleopatra, cada día está más hermosa y cada hora descubre más seducciones. Ni la edad ni la crápula ajan sus encantos. Otras mujeres hartan los apetitos ajenos alimentándolos; ésta excita el hambre satisfaciéndola.

Lo más carnal toma en ella formas tan delica-

das, que los mismos sacerdotes bendicen sus pecados.

TIRREO. ¡Día nefasto aquel en que se enamoró Antonio!

ENOB. Fué el mismo en que la vió por primera vez.

TIRREO. ¿Rindióse tan pronto un hombre de su temple?

ENOB. Como tú te hubieras rendido al verla. Fué en el río Cidno; allí se ahogó el corazón de Antonio. Cleopatra iba en un bajel que figuraba un trono. Las velas de púrpura despedían perfumes que embalsamaban el aire. Los remos de plata se movían á compás de suave concierto de flautas. La reina recostada bajo un pabellón de seda. A su alrededor niños hermosos agitaban abanicos de plumas, que más que refrescaban enardecían el rostro de aquella Venus lúbrica que hasta con el beso del aire se encendía. Sus damas formaban corte en posturas artísticas.

La que llevaba el timón parecía una sirena.

El aparejo de cordones de seda temblaba al contacto de aquellas manos suaves que lo manejaban como si fueran de hábiles marineros.

La ciudad se despoblaba para contemplar aquel bajel maravilloso y Antonio quedó solitario en la plaza, envidiando desde su trono á los que podían salir en busca de la Reina encantadora. Cuando desembarcó, Antonio la convidó á un festín; ella prefirió que Antonio fuese su convidado, y nuestro cortés romano, que nunca dijo

que no á ninguna mujer, asistió al banquete donde pagó caramente con su corazón lo que no comió, porque allí sus ojos devoraron sólo la belleza de Cleopatra.

TIRREO. Y quedó atado por esa mujer. Pues ahora tiene que desatarse.

ENOB. No lo esperes.

TIRREO. Las noticias que le traigo son tan fuertes, que cortarían esas cadenas aunque fueran de bronce. Anúnciale mi venida.

ENOB. Si está prevenido no te recibirá. Es mejor que le guardes en ese pórtico y cuando lo veas te entras sin anuncios ni ceremonias. (Se va Tirreo.)

ESCENA III (4)

ENOBARBO, ANTONIO, CLEOPATRA, CARMIA, EIRAS Y DIO-MEDES; acompañados de corte ostentosa: varios eunucos abanicán á Cleopatra con grandes abanicos de plumas de colores. Después TIRREO.

CLEOP. Si lo que me dices es amor ¿como cuánto amor me tienes?

ANT. ¿Cuánto? Escaso es el amor que puede medirse.

CLEOP. Quisiera medir el tuyo para saber dónde acaba.

ANT. Pues hay que buscar otra tierra y otro cielo más grandes que los nuestros.

(4) El acto primero de Shakespeare empieza en esta escena, salvo algunas palabras que dice antes Filo y son las citadas en la nota segunda.

TIRREO. (Entrando.) Señor, noticias de Roma.

ANT. (Con enojo.) ¡Importuno! No me aburras ahora. Después me las dirás.

CLEOP. (Con ironía.) Nó: óyelo, Antonio. Acaso tu mujer, Fulvia, está enojada contigo. Tal vez el joven César te dicta órdenes supremas mandándote lo que hayas de hacer.

ANT. Como tú, amor mío.

CLEOP. Quizá. No puedes permanecer un día más á mi lado. Sal de Egipto. César te destituye. Obedece.

(A Tirreo.) ¿Dónde está la orden de Fulvia... digo de César? ¿O es de ambos?

(A Antonio.) ¿Te sonrojas? ¿La sangre sube á tus mejillas en homenaje á César, ó tal vez tu rubor es miedo; miedo á los regaños de tu mujer? Oye al mensajero, óyelo y vete á Roma.

ANT. No. Disuélvase Roma en el Tiber; derrúmbese el gran arco del Estado. No me iré. Los reinos son polvo. Mi centro está aquí. Amarse es la gloria del mundo, cuando dos seres como nosotros pueden vivir siempre unidos. Conjuro á la tierra para que diga si hay pareja más feliz.

CLEOP. ¡Hermosa mentira!... Amas á Fulvia. No soy tan crédula como piensas. Si no la amabas ¿por qué te casaste con ella? Antonio, ¡siempre igual!

ANT. ¡Pero tu amado siempre! Por bien de nuestro amor te pido que no perdamos en quejas el tiempo que podemos dar á las pasiones. El pla-

cer no debe de faltar ni un solo momento en nuestra existencia. ¿Qué fiesta tenemos esta noche?

CLEOP. (Siempre con ironía.) Pero escucha al mensajero.

ANT. No hablemos de eso: no me hables, caprichosa reina: todo te va bien, todo te es fácil; reñir, llorar, reir.

Anoche tuviste un deseo; el de pasear por las calles de Alejandría solos y desconocidos entre la muchedumbre, como dos amantes felices. Hoy vamos á realizarlo. Déjate de mensajeros.

CLEOP. Oyelo, óyelo; te interesa más que oír á tu Cleopatra. (Se va con su acompañamiento. Antonio la sigue hasta que desaparece.)

TIRREO. (Aparte á Enobarbo mientras Antonio despide á Cleopatra.) Poco caso hace de César.

ENOB. Ni de nadie.

TIRREO. Confirma las noticias escandalosas que de él llegan á Roma. (Se va Enobardo.)

ESCENA IV (5)

ANTONIO Y TIRREO

TIRREO. ¿Quieres oír lo que te interesa á tí más que á mí?

ANT. (Con indiferencia.) Oiré, si eres breve, pero muy breve.

(5) Esta escena forma parte de la segunda del original y está allí repartida entre dos mensajeros, cada uno de los cuales dice la mitad de las noticias que dan á Antonio.

TIRREO. Tu esposa Fulvia declaró la guerra.

ANT. ¿Contra mi hermano Lucio?

TIRREO. Sí; mas fué corta la campaña. Razones de Estado los hicieron amigos bien pronto, y unieron sus legiones contra César. Este, más afortunado, los hizo huir de Italia en el primer combate.

ANT. Bueno ¿y qué más?

TIRREO. No quisiera enojarte, porque en verdad es poco grato dar malas nuevas y menos oírlas.

ANT. Cuando se habla con necios ó con pusilánimes. Sigue: nada me enoja; las cosas pasadas acabaron para mí. Al que me dice la verdad, aunque me vaya la vida en ello, le escucho como si me lisonjeara.

TIRREO. Labiano,—otra mala nueva—Labiano recorre con sus partos el Asia. Pasea sus banderas triunfantes desde la Siria hasta la Lidia y la Jonia. Todos son desastres y se murmura... (temiendo hablar) que entretanto..., entretanto...

ANT. ¿Se murmura de mí? ¿No es eso?

TIRREO. Señor...

ANT. Habla claro. No ocultes lo que dicen de mí. Da á Cleopatra el nombre que suelen darle en Roma. Elogia á Fulvia para rebajarme. Califica mi conducta con la rudeza que usa el odio cuando le ayuda la verdad.

Bien lo veo: la ociosidad de la mente hace crecer en ella cizaña que la ahoga. Cuando se siembra el mal se cosechan afrentas. Sigue.

TIRREO. Señor... falta lo más doloroso, lo más triste. Tu esposa, tu Fulvia... ha muerto.

ANT. ¿Dónde?

TIRREO. En Sición.

ANT. ¿Cómo?

TIRREO. (Dándole un escrito.) Aquí viene escrito con otras cosas que te importan.

ANT. (Despidiéndole.) Déjame ya. (Tirreo se va.)
¡Salió del mundo una grande alma! ¡Y yo lo he deseado alguna vez! ¡Qué frecuentemente desdénamos lo que después apetecemos! Ahora que la he perdido conozco que la quería. Mi misma mano que la ha despeñado á la muerte quisiera recobrarla. (Pausa.)

Es necesario, es necesario desligarme de esta mujer que me tiene hechizado. ¡Cuántas desdichas, cuántos desastres pueden nacer de esta ociosidad funesta!

(Llamando.) ¡Enobarbo!

ESCENA V (6)

ANTONIO Y ENOBARBO

ENOB. ¿Qué ordenas?

ANT. Tenemos que partir de Egipto.

ENOB. Pues se mueren nuestras mujeres. Ya sabes que cualquier disgusto las mata.

(6) Es la original, con algunos cortes y variaciones de forma.

ANT. Es forzoso.

ENOB. Pues si es forzoso... mueran las mujeres. Entre ellas y una gran obligación, hay que dejar lo que vale menos: ellas. Pero si tus planes llegan á oídos de Cleopatra, muere enseguida. La he visto morir mil veces por menos razón. La muerte la enamora: con tal facilidad se muere. Pura comedia.

ANT. Es muy astuta.

ENOB. No. Sus pasiones tienen una vehemencia intensísima. Sus lágrimas y suspiros son lluvias y tormentas. Si eso es astucia, convengamos en que sabe llover como el mismo Júpiter.

ANT. ¡Ojalá no la hubiera yo conocido!

ENOB. Pues no habrías conocido la obra más admirable del mundo. Y esto hubiera deslucido tus viajes.

ANT. Fulvia ha muerto.

ENOB. Señor, ¿qué?

ANT. Fulvia ha muerto.

ENOB. ¿Fulvia?

ANT. Ha muerto.

ENOB. Desgracia irreparable... si no hubiera más mujer que Fulvia. Sacrifica á los dioses porque ponen junto á la desgracia el consuelo. Cuando la ropa se gasta por el uso, hay tela para sustituirla.

ANT. Las dificultades provocadas por Fulvia demandan mi presencia en Roma.

- ENOB. Y los negocios de aquí requieren tu estancia. Especialmente los de Cleopatra no pueden resolverse sin tí.
- ANT. No es ocasión de burlas. Comunica mi decisión á los jefes. Yo diré á la Reina las razones de mi partida y la pediré su venia. No me lleva sólo la muerte de Fulvia. Mis amigos de Roma me piden que vuelva allá. Pompeyo provoca á César. El pueblo voluble, que nunca estima á los hombres cuando debe, sino cuando acaban, recuerda ahora las glorias del gran Pompeyo y las hace valer en el hijo, quien crecido con ellas, puede amenazar la paz del mundo. Manda, pues, á mis buenos soldados que se apresten para salir de Egipto.
- ENOB. Así lo haré. (Se van.)

ESCENA VI (7)

CLEOPATRA, CARMIA, EIRAS, DIOMEDES, DEMETRIO y acompañamiento, que queda á distancia respetuosa.

CLEOP. ¿No quedó aquí Antonio? (á Eiras.) Averigua donde está. Y con quién. Y qué hace. (Eiras va á salir. Cleopatra la llama y le dice.) Pero yo no te envío ¿entiendes? Acércate más. (Eiras se acerca. Cleopatra le dice.) Si le ves triste, dile que estoy

(7) Es la original, con algunos cortes.

alegre. Si está alegre, dile que me he puesto enferma. Y tú vuelve pronto, pronto. (Eiras se va.)

CARMIA. Pienso, señora, que si le amas mucho, tienes mal modo para que te ame también.

CLEOP. ¿No hago lo que conviene?

CARMIA. No lo contraríes. Cede siempre á su voluntad.

CLEOP. Necia, así le perdería.

CARMIA. Le exasperas mucho. Sé más blanda. El que se hace temer acaba por hacerse odiar.

CLEOP. Ahí viene. (Antonio aparece por el foro. Cleopatra toma una actitud de fingido dolor y dice.) Ya estoy poniéndome enferma y muy triste.

ESCENA VII (8)

Dichos y ANTONIO

ANT. Siento y temo decirte mi decisión.

CLEOP. (Fingiéndose que no puede sostenerse en pié.) Carmia mía, llévame de aquí. Sostenme: me caigo. Pero no te asustes: esto pasará pronto. Si no pasara no habría naturaleza que lo sufriera.

ANT. ¡Cleopatra amada! (Con interés y acercándose.)

CLEOP. (Apartándolo como si la sofocaran.) Apartaos, por caridad.

(8) Es la original, con la diferencia de estar en Shakespeare dividida en dos partes: una hasta que Antonio se va y otra hasta el final. Entre ambas media la escena de Octavio y Lépido en Roma. Las he unido haciendo algunos cortes y adiciones mías.

ANT. ¿Pero qué te sucede?

CLEOP. ¡Qué! ¿traes buenas noticias? Las leo en tus ojos. ¿Qué dice tu mujer, esa mujer con fueros de casada? Ojalá no te hubiera dado su permiso para venir. Puedes irte: no diga que yo te detengo. No poseo ningún poder sobre tí: eres de ella.

ANT. Eso allá los dioses lo sabrán.

CLEOP. ¡Ah! ¡ninguna mujer fué engañada como yo! Pero no; engañada no; desde su principio estoy viendo crecer tu traición.

ANT. No te he engañado.

CLEOP. ¿No engañaste á Fulvia por mí? ¿Pues cómo podía yo esperar que fuera siempre mío, que fuera leal quien hizo antes traición á su mujer?

ANT. Reina adorada, créeme: si me ausento, me llevan razones de importancia.

CLEOP. No busques pretexto para tu partida. Díme sólo adiós y vete. Los pretextos eran mejores cuando se los dabas á tu mujer para quedarte aquí. ¡Quién hablaba entonces de separarse! (Con pasión.) ¡Parecía que en nuestros ojos y en nuestros labios residía lo eterno, lo que no acabaría jamás! todo lo que era de nosotros venía del cielo. Y nada ha cambiado en mí. Sólo tú, el hombre más decidido de la tierra, te has vuelto el más embustero.

ANT. Cleopatra...

CLEOP. ¡Cleopatra! Si Cleopatra tuviera tu poder, en-

contrarías, á lo menos, un corazón en Egipto.
ANT. Oyeme. Negocios graves piden por poco tiempo mis servicios. Pero mi corazón queda al tuyo: Italia arde en guerras civiles. Pompeyo se acerca á Roma y gana partido entre los descontentos.

Tengo además otra razón más fuerte, decisiva para tranquilizarte respecto de los motivos de mi partida.

CLEOP. ¿Para tranquilizarme? ¿cuál?

ANT. La muerte de Fulvia.

CLEOP. (Con incredulidad.) Aunque la experiencia no me ha salvado de las locuras, me ha salvado, por lo menos, de la credulidad juvenil. Fulvia no puede morir.

ANT. Ha muerto. Leyendo esta misiva (le da el escrito) sabrás cuándo y cómo murió, y los disturbios que promovió en sus últimos días.

CLEOP. Ahora veo más patente tu falsedad. ¿Dónde están los vasos que has debido llenar de lágrimas? ¡Falso y siempre falso! ¡Tu tranquilidad en la muerte de Fulvia me enseña bien cómo recibirías mi muerte!

ANT. Cesen ahora tus enojos, y oye mis proyectos.

CLEOP. ¿Tus proyectos? ¿Tuyos?

ANT. Y tuyos porque serán hechos ó no, según tu voluntad. Te juro por el sol que fecunda el légamo del Nilo que continuaré siendo tu esclavo, y tu soldado para hacer la paz ó la

guerra, según me lo ordenes. Ten confianza en mi amor.

CLEOP. Pase el engaño: pero engáñame bien. Debes llorar por tu Fulvia: llora y dime que lloras por mí, por nuestra separación. ¿Qué te cuesta esa mentira? Representa la comedia como si fuese la realidad.

ANT. (Con ira por la burla.) Me enciendes la sangre. (Amenazando.) Basta, ó juro por mi espada...

CLEOP. (Con burla.) Y por tu escudo también. Observa, Carmia, cómo bien le sienta la ira á este romano.

ANT. Me voy, Reina de Egipto.

CLEOP. (Deteniéndolo y cambiando su tono burlón en tono amoroso.) Una palabra, dueño mío. Se que es forzoso separarnos... no, no es esto lo que quiero decir. Nos hemos amado mucho... tampoco es esto. Tú sabes lo que quiero decirte. Se me ocurre algo: pero todo se me olvida. En mi memoria no cabe más que un objeto: Antonio.

ANT. Si la caprichosa frivolidad no fuera tu esclava, habría que tomarte por estatua viva de la frivolidad.

CLEOP. ¡Y cuán trabajoso es llevar tan grande frivolidad junto á tan gran corazón! Te suplico que me perdones. Mataré mis caprichos: me estorba todo lo mío si no agrada á tus ojos. ¿Te llama tu honor? Pues bien; no oigas mis locuras. Ni

tú ni nadie las compadezca. Vete; yo quedo pidiendo á los dioses que te acompañen; que los laureles cubran tu espada; que las victorias vayan delante de tí alumbrando tu camino.

ANT. Partamos. Ya tarda nuestra separación. Adiós.

CLEOP. ¿Es esto despedida?

ANT. Dices bien; no lo es: yo, que me voy, quedo contigo.

CLEOP. Y yo aunque me quedo, voy contigo. (Antonio se va. Cleopatra le sigue con la vista, despidiéndolo hasta que desaparece. Vuelve á escena y dice:)

¡Diomedes! ¡Diomedes! Mi fiel Diomedes, síguele, síguele hasta las afueras de la ciudad. Y vuelve para contarme cómo va, qué dijo al partir, qué hizo, á dónde miró por última vez, cuál fué su última palabra. Y prepara veinte mensajeros que le acompañen. Son pocos; más, ciento, que vayan volviéndose escalonados de hora en hora para traerme noticias de Antonio.

DIOME. Lo haré, Señora. (Se va.)

CLEOP. (Sentándose indolente y triste.) Carmia.

CARMIA. ¿Qué ordenas?

CLEOP. Dame una bebida de mandrágora.

CARMIA. ¿Para qué, señora?

CLEOP. Para dormir mientras Antonio esté ausente. Así llenaré el vacío de su ausencia ¡Qué traición! (á las esclavas.) Cantad para adormecer mi dolor. (Cantan las esclavas. Cleopatra al oirlas, y como olvidada de que lo ha ordenado, dice furiosamente:)

¿Quién se atreve á cantar, cuando yo sufro?

CARMIA. Señora lo has mandado tú misma.

CLEOP. Que callen y me dejen.

CARMIA. No pienses tanto en él.

CLEOP. Feliz tú, porque tu pensamiento no irá fuera de Egipto. (Pausa.) Carmia mía, dime ¿dónde estará ahora? Quizá cabalga ya en su corcel. ¡Ah, dichoso corcel que llevas el dulce peso de Antonio! Enorgullécete y arquea el noble cuello ¿Acaso sabes lo que llevas? Al semiatlas del mundo; al brazo y la cabeza de los hombres. (Pausa.) ¿Hablará ahora? Tal vez piensa en mí y se pregunta: ¿dónde estará, que hará *mi culcra del Nilo*? Así me llama, y con razón: llevo dentro ponzoña dulcísima. (Otra pausa.)

¿Cuándo volverá? Y cuando vuelva, después de ver las mujeres romanas de tez alabastrina ¿me encontrará tal vez ennegrecida por los besos del sol egipcio? ¿Me encontrará arrugada por el tiempo? ¡Oh, días felices los del gran César! Cuando tú me conociste era yo alimento digno de un monarca.

¡Que otra era también cuando me vió Pompeyo! Cuando se quedó inmóvil contemplándome, contemplándome con los ojos fijos en mi rostro, como si pretendiera anclarlos en él para siempre y anegarse en lo profundo de mis pupilas! (Queda pensativa y triste.)

ESCENA VII (9)

Dichos y DIOMEDES

DIOM. Salve, Reina de Egipto.

CLEOP. (Con animación.) Tienes poca semejanza con Marco Antonio. Y, sin embargo, viniendo de él me parece que le veo en tí. ¿Cómo va mi valeroso señor?

DIOM. Lo último que hizo fué dar muchos besos á esta perla. (Le entrega un anillo.)

CLEOP. ¿Y qué te dijo?

DIOM. Dile á la Reina de Egipto que su romano fiel le envía este tesoro oriental porque la hará Reina de Oriente. Que por desquite de estos dolores adornará sus sienes con coronas de muchos reinos.

Y se despidió montando majestuosamente en el brioso caballo, cuyos relinchos fueron tales que ahogaron nuestra despedida.

CLEOP. ¿Y estaba alegre ó estaba triste?

DIOM. Como la estación que separa el frío del calor: ni triste ni alegre.

(9) Es la original, también con adiciones mías. Constituye como aquí la última del acto primero. Lo que dice Diomedes está en boca de Alexas, personaje que, con algunos otros, he refundido en la figura de Diomedes. Este hace su viaje á Roma por mi cuenta para preparar naturalmente su regreso y las noticias que traera luego del casamiento de Antonio con Octavia. En el original las trae un mensajero officioso, y las da, no por obligación sino por gusto de dar malas nuevas.

- CLEOP. Así es él. Debía de estar triste; pero no lo aparentaba porque tenía que dar ejemplo á esos cortesanos que arreglan su semblante al de su jefe. Y tampoco estaba alegre para darles á entender que su felicidad quedaba en Egipto. Y, en fin, ya esté alegre, ó ya triste, ambos sentimientos son siempre hermosos en su semblante. (Con gratitud.) Seas bien venido, Diomedes. (A Carmia.) Dime, Carmia, ¿amé tanto á César?
- CARMIA. César fué un heroe.
- CLEOP. (Con ira.) Confúndate el cielo si lo dices.
- CARMIA. César fué heroico.
- CLEOP. (Amenazándole con el puño cerrado puesto en la boca de Carmia.) Te haré sangrar los labios si osas comparar otra vez con César al primer hombre entre los hombres.
- CARMIA. Repito lo que tú decías entonces.
- CLEOP. Era muy niña, tenía el juicio inseguro, la sangre helada. (á Diomedes) Vete á Roma.
- DIOM. ¿Con él?
- CLEOP. Tras él. Síguele por todas partes. Averigua lo que hace, lo que dice, hasta lo que piensa. Guárdale bien.
- DIOM. Un triunviro no necesita de mi guarda en Roma.
- CLEOP. Pero yo necesito que me guardes su amor. ¿Has despachado los cien mensajeros?
- DIOM. ¿Para qué tantos?
- CLEOP. ¿Tantos? Pues prepara otros cien. Día nefasto aquel en que yo no reciba mensaje de Antonio;

todo ser que nazca en ese día, como si no naciera: morirá sin ver otro sol. Dispón los mensajeros.

DIOM. ¿Habrá tantos en Alejandría?

CLEOP. Todos los egipcios. ¿No soy la Reina? Pues por él y por mí: ¡que se despueble Egipto!

(TELÓN)



ACTO SEGUNDO ⁽¹⁾

La decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA (2)

DIOMEDES Y DEMETRIO

DEM. ¿Quiéres ver á la Reina?

DIOM. No he atravesado tierras, montes y mares para otra cosa.

DEM. Mi señora recibe poco y mal á los egipcios, desde la partida de Antonio.

DIOM. Traigo noticias de él.

(1) Este acto es casi nuevo. No he tomado del original más que dos escenas, que son allí la quinta del segundo acto y la tercera del tercero, y aquí la segunda, tercera y parte de la cuarta, constituyendo la admirable situación de Cleopatra y el mensajero (aquí Diomedes.) Todo lo demás es mío, así plan como diálogo, fuera de algunas frases intercaladas en éste que se señalarán en sus notas correspondientes.

He refundido en este acto el segundo y gran parte del tercero de Shakespeare. Y suprimido seis escenas y seis mutaciones del segundo acto, y nueve escenas con nueve mutaciones del tercero. Las escenas suprimidas pasan en Mesina, casa de Pompeyo; en Roma, casa de César y casa de Lépido, en el campo de Miseno, en el mar, a bordo de la nave de Pompeyo; en Siria, en Atenas, casa de Antonio y en las cercanías de Accio.

(2) Es nueva. Viene á decir en relación lo que Shakespeare presenta en acción. Está hecha para suplir lo suprimido, y además para preparar el efecto de la escena tercera entre Cleopatra y Diomedes. Al pronosticar los furios de Cleopatra cuando sepa el casamiento de su Antonio, al aconsejar á Diomedes que mientras lo cuenta *vaya pensando dónde le dolerán menos los golpes, porque son seguros*, y al descarle *salud por la que luego le falte*, Demetrio advierte bien á Diomedes que se arme de la paciencia servil, propia de aquellos tiempos, y advierte también al público lo que debe esperar y temer cuando el criado leal, resuelto á no mentir, descubra la terrible verdad á una Reina en quien las pasiones africanas se juntan con la soberbia feroz y el poder tiránico.

En el original esa escena surge de improviso, traída por un mensajero inesperado.

- DEM. Pues traes la única llave que abre las puertas de palacio y los oídos de la Reina; te oírás, aunque para ello tuviera que andar cincuenta pasos. Y las noticias ¿son malas ó buenas?
- DIOM. Según quien las oiga y según para quien sean. Las noticias son como el sol; para unos hace el día y para otros hace la noche. Cuando te doy la cara, tengo que dar la espalda al que esté al otro lado.
- DEM. ¿Para la Reina cómo serán?
- DIOM. Buenas y malas.
- DEM. Pues si quieres ser oído, empieza por las buenas; de otro modo no acabarás de hablar. Más te valiera haberte tirado de cabeza al agua, antes de entrar en Alejandría.
¿Y pueden saberse?
- DIOM. No son un secreto en Roma y pronto no lo serán aquí: todo Egipto las sabrá por los gritos de su Reina; por eso te las adelantaré. Antonio se ha casado.
- DEM. Tienes razón: pronto la pregonará á gritos la Reina. No eres indiscreto más que por unas horas. ¿Y qué romana ha podido más que nuestra egipcia?
- DIOM. La República romana.
- DEM. ¿Pero en forma de cuál mujer?
- DIOM. En forma sí. En realidad, Antonio se ha casado con Octavio; ambos con el odio á Pompeyo. Esta fué la realidad.

DEM. ¿Y la forma?

DIOM. Octavia, la hermana de César.

El casamiento quedó concertado apenas llegó á Roma Antonio, y en la primera entrevista que celebró con su émulo. Agripa lo propuso para convertir la emulación en fraternidad. Haciéndolos hermanos, los intereses públicos se ligaban con los privados.

DEM. ¿Y no resistió Antonio?

DIOM. Ni un momento.

Apretaba mucho la fuerza de Pompeyo. En cuanto César otorgó á lo dicho, Antonio le tendió la mano, firmando en el aire ese pacto que había de regir las empresas de ambos.

DEM. Has dicho que firmó en el aire.

DIOM. Me has entendido bien. En el aire por la manera y por el resultado. Nadie creyó en la eficacia del pacto, ni en la sinceridad de Antonio, ni en el acierto de César. Aquel lazo, en vez de ligar la amistad la estrangulaba. El desamor del nuevo esposo, tenía que ser un agravio más que César recibía en su hermana.

DEM. La del desamor será la cara buena de la noticia. Pronto verás á la Reina. Oye un consejo. Mientras le cuentas lo del casamiento, puedes estar pensando dónde te dolerán menos los golpes; porque son seguros. Entretanto, salud, por la que después te falte.

DIOM. Cumpliré con mi deber y con la verdad. Mi

Reina me envió para eso. «Vete á Roma»—me dijo:—Busca al triunviro Marco Antonio; averigua cómo está, qué hace y hasta qué piensa. Y ya que no puedes traérmelo, tráeme la verdad. Y con la verdad vuelvo. (Se va.)

ESCENA II (3)

CLEOPATRA, CARMIA Y EIRAS; acompañamiento de esclavas.

CLEOP. Os he dicho muchas veces, que los que aman en ausencia se alimentan con la música.

(Las esclavas se preparan para cantar. Cleopatra las detiene con el ademán, y dice:)

No; no la quiero ya. Entretenedme de otro modo. Vamos á jugar. (Vacilando otra vez.) Pero no... tampoco eso. Manda preparar los aparejos de pesca. Al río. Allí engañaré á los peces de aletas doradas; los atravesaré con mi anzuelo, y al sacarlos recordaré aquel lance de Antonio; ¿te acuerdas?

CARMIA. Cuando apostásteis sobre quién pescaba con más destreza, y tú quisiste que te venciera, de burlas por supuesto.

CLEOP. Y mis buzos colgaron de su anzuelo un hermoso pez seco.

(3) Es una parte de la quinta del acto segundo en el original. He suprimido solamente una frase poco decorosa que Cleopatra dirige á un eunuco.

CARMIA. Y Antonio lo sacó, mostrándolo muy ufano, mientras tú reías.

CLEOP. A carcajadas: eso, eso, ¡tiempos alegres y bur-lones! Con mis carcajadas perdió la paciencia aquel día; pero aquella noche, aquella misma, recobró la paciencia y también con mi risa. Es-taba ya muy alto el sol de la mañana cuando Antonio cayó en su lecho. La embriaguez no le dejaba andar solo; yo le llevé. Y tampoco iba muy en mi juicio. Para divertirnos, habíamos trocado los atributos de nuestro oficio. Antonio llevaba puesta mi corona y arrastraba trabajo-samente mi manto; yo ceñía la espada del heroe, la espada vencedora en Filipos ¡trueco quizá simbólico!

ESCENA III (4)

Dichas; DEMETRIO Y DIOMEDES

DEM. (Entrando.) Señora, Diomedes ha vuelto.

CLEOP. (Con interés.) ¿De Roma?

DEM. Sí.

CLEOP. (Con viveza.) ¿Y por qué no ha entrado ya? (Entra Diomedes llamado por Demetrio. Cleopatra al verlo

(4) Esta escena y la siguiente son de Shakespeare: la quinta del acto se-gundo y la tercera del tercero.

Las he traducido literalmente porque son intangibles. Constituyen las esce-nas capitales de la obra, sancionadas por la crítica, por los siglos y por el mundo literario y contadas entre las más famosas y grandes del teatro shakerperiano, y por tanto, del teatro universal. No he hecho sino colocarlas juntas, poniendo de mi parte la acción y las palabras necesarias para soldar esas dos joyas separadas. En lugar oportuno, y notas siguientes, se señalará la soldadura, lo que es mío y dónle acaba lo ajeno.

se va hacia él rápidamente y le dice:.) Apresúrate á volcar tus noticias en mis oídos, tanto tiempo cerrados.

DIOM. (Con temor y vacilando.) Señora... Señora...

CLEOP. ¿Ha muerto Antonio? Si lo dices vienes á matar á tu ama. (Volviéndose á Carmia.) Este hombre es un miserable asesino. Pero dí que está sano y libre, y ahí tienes montones de oro... y aquí está (presentándole la mano) mi mano, para que te hartes de besar sus venas más azules; esta mano que han besado con temblor los Reyes.

DIOM. Está en paz.

CLEOP. ¡Respiro! (Pausa breve; reflexión y recelo.) Pero... explícate; también de los muertos suele decirse que están en paz. Si has querido decirlo así, todo ese oro que te ofrezco será tuyo; pero fundido, fundido te lo haré tragar por la maldecida boca.

DIOM. Oyeme, señora.

CLEOP. Continúa. Tu rostro me anuncia buenas noticias. Si Antonio está bien, ¿por qué no me lo has dicho desde el comienzo? Si no lo está, también desde el principio debieras haberte presentado como una fiera, coronada de serpientes.

DIOM. Si no me escuchas...

CLEOP. Siento más deseo de arrastrarte que de oírte. Sin embargo, dime que Antonio es amigo de César, que no es cautivo suyo, y haré que caiga sobre tí otra lluvia de oro con granizada de perlas.

DIOM. Está con salud.

CLEOP. Empiezas á hablar bien.

DIOM. Y en paces con César.

CLEOP. (A Carmia.) Este hombre es un hombre honrado.

DIOM. César y él son más amigos que nunca.

CLEOP. Hoy vas á hacer tu suerte.

DIOM. Pero...

CLEOP. Me desagrada ese *pero*. *Pero*, es carcelero que guarda detrás de sí muchos malhechores. Te ruego que derrames en mi oído todas tus noticias, juntas y de un golpe. Has afirmado que Antonio está con salud, en paz con César y libre.

DIOM. No he dicho que libre. Está ligado á Octavia.

CLEOP. ¿A Octavia?

DIOM. A su lecho.

CLEOP. (A Carmia.) Carmia, ¿Entiendes tú lo que dice?

DIOM. Está casado con Octavia.

CLEOP. (Furiosa y dando ungritos salvaje.) ¡Confúndante todos los rayos del cielo! (Le golpea.)

DIOM. (Aterrado.) Señora...

CLEOP. (Arrojándose sobre él y tirándolo al suelo.) ¿Sabes lo que has hablado? ¡Traidor, vil! Voy á sacarte la lengua que lo ha dicho y lo ojos que lo han visto, y hacer que rueden delante de mí. (Le ase por los cabellos y lo arrastra por el suelo.) Voy á arrancarte á manojos el cabello. Llevadlo: que lo azoten y que muera lentamente al fuego.

DIOM. Yo traigo la noticia; pero yo no he hecho la boda.

- CLEOP. Pues dí que es falsa y te daré un reino. Todo pasó: pide lo que quieras; pero desmíentete.
- DIOM. Está casado.
- CLEOP. ¡Pues has vivido bastante. (Diomedes huye arrastrándose al fondo de la escena, donde queda aterrado.)
- CARMIA. Señora, considera que ese hombre es inocente.
- CLEOP. (Fuera de sí.) También el rayo alcanza al inocente. ¡Oh! ¡Desbórdese el Nilo, ahóguennos sus aguas y derrítase en ellas el Egipto! Séres humanos, volveos serpientes; quizá así me parecáis más humanos que ahora. (Pausa, durante la cual, Cleopatra se pasea furiosa y desesperada, sin hablar, pero haciendo todo aquello que la situación inspire á la actriz. Puede tirar ó romper objetos, golpear á sus damas, golpearse á sí misma, etc. Desahogada su ira, muda repentinamente de pensamiento y dice menos irritada, pero con imperio.) Que se acerque ese esclavo.
- CARMIA. Te tiene miedo.
- CLEOP. No le haré daño. Tiene razón. Estas manos se envilecen golpeando á los humildes, cuando yo misma llevo dentro el motivo de mi cólera. (Carmia va por Diomedes. Este no se atreve á acercarse. Cleopatra al advertirlo, dice:) Acércate. Tal vez será acción honrada la de decir verdades; pero conveniente no lo es. Cuando traigas buenas noticias, publícalas con mil lenguas, pero deja que las malas se publiquen por sí solas.
- DIOM. Es mi deber.
- CLEOP. ¿Está casado? (Diomedes calla.) No lo ocultes:

porque lo repitas no he de aborrecerte más de lo que te aborrezco ya.

DIOM. Sí, señora.

CLEOP. (Volviendo á la furia.) Vete, vete, vete de aquí. No quiero verte. Así tu rostro fuera el de Narciso, me parecerías un monstruo.
¿Conque está casado, dilo?

DIOM. No es justo castigarme por lo que me obligas á repetir. Está casado.

CLEOP. Pues su vileza es tanta que te hace vil á tí porque lo dices. Vete. Las mercancías que traes de Roma son muy caras para mí. Guárdatelas, y llévente á tu perdición. (Diomedes se va.) Dime Carmia ¿para alabar á Antonio he ofendido alguna vez á César?

CARMIA. Muchas veces.

CLEOP. ¡Pues se ha vengado bien! (Pausa; después como asaltada por otra idea dice llamando.) ¡Demetrio! (Demetrio se acerca.) Mi buen Demetrio, busca á ese, á ese que ha salido. Háblale tú. Haz que te describa el rostro de Octavia. Y su edad, y su carácter.

No olvides el color de su cabello. Y vuelve pronto. (5) (Demetrio va á irse, Cleopatra le llama y

(5) La escena original acaba en este punto y Cleopatra se retira á su alcaoba. Son de mi invención, el diálogo que sigue desde aquí hasta el fin de la escena y la vuelta de Diomedes por orden de la Reina. Así quedan enlazadas ambas escenas. Shakespeare pone en medio de ellas un entreacto, las escenas sexta y séptima del segundo acto y la primera y segunda del tercero que no se refieren ni remotamente á la situación de Cleopatra, ni siquiera á sus amores con Antonio, sino á sucesos de la política y de las guerras de Roma. Esos episodios intermedios pasan en los campos de Miseno, en el mar en la nave de Pompeyo, en Siria y en Roma. Se interponen, pues, muchas tierras distantes;

dice, arrepentida de su propósito:) Pero no, no vayas. Ni sabes preguntarlo, ni sabrás retenerlo. Ni á tí, ni á nadie le interesa. Yo, yo sola debo preguntarlo.

Tráeme á ese maldito.

DEM. Señora, temerá volver.

CLEOP. Oblígale. Cázalo como á una fiera.

DEM. Huirá.

CLEOP. Córtale los pies.

DEM. Se resistirá.

CLEOP. Córtale las manos.

Pero tráemelo vivo. Sobre todo respétale la lengua como si fuera la tuya; más, como si fuera la mía. ¡Pronto! (Demetrio se va. Cleopatra dice á Carmia:) Carmia ten lástima de mí.

CARMIA. ¡Reina mía!...

CLEOP. Pues ten lástima de tu Reina.

CARMIA. Señora...

CLEOP. No me hables. La voz de mujer no me suena á voz humana. Ahora sólo me gusta oír la palabra de ese esclavo. (Pausa breve. Cleopatra mira adentro y dice:) ¿Viene ya?

CARMIA. Parece que le oigo murmurar y quejarse.

entrevistas de César, Antonio y Pompeyo, guerras contra los partos y el tiempo que piden estos acontecimientos y aquellas distancias. En su largo trascurso no se acuerda nadie de Cleopatra ni Cleopatra de que quedó pendiente la contestación á las preguntas que acerca de las cualidades de Octavia hizo probablemente muchos meses atrás. Al cabo de ellos se acuerda, llama al esclavo y reanuda su conversación con él.

Interrogarle y obtener la respuesta seguidamente, como ahora sucede, me parece más propio de la impaciencia celosa de la mujer, de las vehemencias soberanas de la Reina, de la lógica de las pasiones y hasta de la verdad y de los efectos teatrales.

CLEOP. ¡Mi fiel Demetrio! Le ha dejado expedita la lengua.

ESCENA IV

Dichas, DEMETRIO Y DIOMEDES, que entra agarrado por Demetrio y como á la fuerza.

CLEOP. (A Demetrio.) Suéltale. (Demetrio suelta á Diomedes y se va. Cleopatra le dice con imperio:) Ven aquí. (Diomedes no se atreve á avanzar. Cleopatra le llama con un ademán benévolo para tranquilizarlo. Diomedes avanza poco á poco sin alzar los ojos y con temor. Cleopatra le dice:) Mírame.

DIOM. Reina y señora, ni el mismo Herodes (6) de Ju-

(6) Se ha dicho alguna vez que esta frase es anacrónica. No hay tal anacronismo. Este Herodes gobernaba efectivamente la Judea en días de Cleopatra. Fué del partido de Antonio y subordinado suyo. Y por cierto que lo abandonó y se pasó á César cuando éstos se combatieron.

Véase á PLUTARCO, VIDA DE ANTONIO; pág. 124, traducción de Ranz de Romanillos.

También se ha creído que es prematuro llamar César á Octavio, suponiendo que no lo era todavía en la época del drama.

Y tampoco hay en ello anacronismo. Shakespeare hizo muy bien llamando César á Octavio, porque así le llamaban todos los romanos y se llamaba él mismo.

Tratando de los nombres que sucesivamente llevó Octavio, dice Suetonio: «tomó el de César y al fin el de Augusto; uno en virtud del testamento de su tío y el otro á propuesta de Munacio Planco». LOS DOCE CÉSARES; vida de Augusto; cap. 7.

Y hablando del testamento de Julio César dice el mismo Suetonio: «En la última cláusula adoptaba á C. Octavio y le daba su nombre»: LOS DOCE CÉSARES; vida de Julio César; cap. 83.

El testamento y asesinato del gran César, fueron muy anteriores á la época del drama y por tanto en ella Octavio llevaba ya el apellido de César que no era entonces título de dignidad, si no el sobrenombre de la familia Julia á la que aquél representaba por adopción.

Y por esta adopción y no por error, se llama en la obra á Julio César padre de Octavio, aunque fué en realidad tío por ser hermano de Julia, abuela de Octavio. Este fué considerado siempre como hijo de César, y Shakespeare se lo llama con razón porque sabía bien que la paternidad adoptiva tenía tanta fuerza como la natural en el derecho romano; tanta, que toda una familia patricia pasaba á la condición plebeya por el solo hecho de que el primogénito fuese adop-

- dea se atrevería á mirarte cuando estás enojada.
- CLEOP. Aproxímate más. ¿Has visto alguna vez á Octavia?
- DIOM. Señora, sí.
- CLEOP. ¿Dónde?
- DIOM. En Roma.
- CLEOP. ¿De cerca?
- DIOM. Cara á cara. Iba entre su hermano César y Marco Antonio.
- CLEOP. Dí: ¿tendrá mi estatura?
- DIOM. No.
- CLEOP. ¿Y la has oído hablar?
- DIOM. Algunas veces.
- CLEOP. Cómo es su voz? ¿Es débil ó llena?
- DIOM. Reposada y baja.
- CLEOP. Eso no es bueno: Antonio no gustará mucho tiempo de ella.
- CARMIA. ¿Gustarle? ¡Imposible!
- CLEOP. Eso mismo digo. No habla fuerte. (A Diomedes.) Sigue respondiéndome. Dí, ¿hay majestad en su porte? (Diomedes hace un signo negativo con la cabeza.) Recuerda bien lo que es majestad. (Volviéndose á Carmia.) Este hombre ha visto á veces algo de majestad, y por ello debe de distinguir.

tado por un plebeyo, lo mismo que si hubiera nacido de él. De modo que sus efectos no sólo afectaban al individuo, sino á toda la casta.

He procurado purgar la obra de Shakespeare de los anacronismos de concepto que eran frecuentes en él como en nuestros clásicos. Sólo he mantenido los de acción, los que se refieren al orden cronológico de los sucesos, condensaciones del tiempo necesarias en el teatro, sopena de dislocar la trabazón dramática.

CARMIA. ¡No ha de haberla visto estando á tu servicio tantos años!

DIOM. Anda arrastrándose. El reposo y el movimiento son en ella casi iguales. Tiene cuerpo; pero sin vida. Más que ser vivo parece estatua.

CLEOP. (Con alegría.) ¿Eso es verdad?

DIOM. O me falta discernimiento.

CLEOP. Lo tienes muy claro.

CARMIA. No hay tres observadores tan inteligentes en Egipto.

CLEOP. Se le conoce. Pues hasta ahora no encuentro en ella nada de particular.

Te ruego, amigo, que calcules la edad de Octavia.

DIOM. Era viuda de Cayo Marcelo.

CLEOP. (A Carmia.) ¡Viuda! Carmia, ¡viuda! (A Domesdes.) Pero, ¿sus años?

DIOM. Como treinta...

CLEOP. ¿Te acuerdas bien de su cabello? ¿Qué color?

DIOM. Castaño.

CLEOP. Y la frente?

DIOM. Más chata y baja que ella quisiera.

CLEOP. Te pido que olvides mis anteriores durezas.

¿Y su cara? ¿Cómo es? ¿Larga ó redonda?

DIOM. Redonda por demás.

CLEOP. ¿Por demás? ¡Oh! esas así son generalmente tontas. En suma, esa buena mujer vale poco, muy poco. Lo dicho; Antonio no vivirá con ella mucho tiempo.

- DIOM. Eso mismo entiendo. (7)
- CLEOP. ¿Tú también? Este hombre es muy inteligente.
- DIOM. Y eso se murmuraba en Roma cuando yo salí.
- CLEOP. Dices que en Roma se murmuraba ya...; se creía ya, ¿no es esto más exacto?, se creía... que no será duradera la unión...
- DIOM. De César y Antonio.
- CLEOP. Bueno: yo hablo de la de Antonio y la hermana de César.
- DIOM. Quien habla de lo uno habla de lo otro; porque ciertamente el rompimiento de Antonio con su nueva esposa, motivaría el rompimiento de César con su nuevo cuñado.
- CLEOP. Raciocinas admirablemente. Y tendrás tus fundamentos...
- DIOM. Grandes. Ya se susurraba que Antonio no volvería de su viaje á Atenas.
- CLEOP. Atenas está lejos de Egipto.
- DIOM. Pero puede ser camino. Todo es arrancar. Nadie creía que el viaje era más que un pretexto para alejarse de Roma.
- CLEOP. Antonio ¿gusta de las griegas?
- DIOM. Gustaría... (Con temor, pero con deseo de decirlo.) no habiendo...
- CLEOP. ¡Eh! Mira lo que dices. (Con amenaza.)

(7) Desde estas palabras hasta el final del acto todo es de mi invención, así lo que pasa como lo que se dice, acción y diálogo. La escena original termina aquí, y el mensajero se va. Cleopatra y Carmia dicen algunas frases que he incluido en el diálogo anterior, y la acción shakesperiana toma por otros caminos muy distantes del asunto principal de *Cleopatra*.

DIOM. No volveré á desagradarte.

CLEOP. Entonces, dí libremente lo que piensas.

DIOM. No habiendo egipcias.

CLEOP. Una egipcia, dirás.

DIOM. Se entiende...

CLEOP. Eso está bien y es muy respetuoso. ¿Ves? no llevo á mal que te mezcles en mis asuntos, aun siendo tu Reina. Tómate descanso si estás dolorido. Pero descansen las piernas, la lengua no. Conque quedamos en que Antonio salió de Roma y está en Atenas.

DIOM. Ya no estará. Iba para Siria.

CLEOP. Está más cerca de mí, y quizá...

DIOM. Esté en Egipto, porque aun saliendo después pudiera llegar antes que yo. Sus carros andan más que mis pies. Sus naves son más veleras que la mía y además vienen disparadas rectamente como la flecha al pecho que busca.

CLEOP. (Con alegría ya.) Mucho daño me has hecho con tus primeras noticias; pero las redimes bien con las segundas. Compensación consoladora de la distancia, que hace llegar casi juntas las noticias malas y las buenas; el trueno y la luz. Salga toda Alejandría á los puertos. (Eiras y Diomedes se van.) ¡Felices los ojos que vean primero la vela de Antonio! No llorarán más en su vida. ¡Feliz quien me anuncie que ha visto en salvo á Antonio! Será más dichoso que yo, porque lo verá antes y después será el tercero en mi Rei-

no. Y á mí llevadme á la torre más alta de Palacio, donde mis ojos descubran mucho horizonte. (Se oye rumor dentro.)

ESCENA V

CLEOPATRA, CARMIA, EIRAS Y DEMETRIO

- DEM. (Entrando.) No es necesario subir á las torres para ver á Antonio. Te alejarías de él. Desembarcado ya, se adelanta á su séquito y pisa las calles de Alejandría.
- CLEOP. ¿Le has visto?
- DEM. Antes que nadie.
- CLEOP. Echa cuantas lágrimas tengas detenidas; porque no llorarás más. (A Eiras.) ¿Y tú le has visto?
- EIRAS. Y me ha abrazado.
- CLEOP. ¿Dónde?
- EIRAS. En el cuello.
- CLEOP. (Con ira y como envidiosa.) ¡Antes que á mí, y eres mujer! Cortad ese cuello, feliz usurpador de las prerrogativas de su Reina.
- CARMIA. (Como pidiendo clemencia para Eiras.) ¿Vas á ensangrentar la tierra que pisa Antonio?
- CLEOP. (Aplacada.) Tienes razón. (A Eiras.) Pues ponme aquí (en el hombro) su abrazo, y dime que Antonio te lo ha dado para mí. (Eiras la abraza.) Esto te indulta. Ya ves si soy fácil de engañar, como sea en nombre de Antonio.

ESCENA VI (8)

Dichos; ANTONIO Y ENOBARBO

- ANT. (Dirigiéndose á Cleopatra.) ¡Reina mía!
- CLEOP. (Con altivez amarga.) Lo era. Ahora, Reina sólo de Egipto.
- ANT. ¡Cleopatra!... (Se acerca: Cleopatra lo rechaza.)
- CLEOP. Hermano de César, apártate y espera. Tu túnica traerá todavía los perfumes de Octavia.
- ANT. No los temas; los han aventado bien las brisas de los mares que la separan de mí.
- CLEOP. Volverás con tu mujer.
- ANT. Se la he devuelto á su hermano? Vivir sin mi Cleopatra no era vivir. Desde Egipto me sorbía irresistiblemente y por todas partes se me enroscaba mi culebra del Nilo.
- CLEOP. ¿Para cuánto tiempo?

(8) Aquí sí que hay un anacronismo verdadero, y no advertido por quienes se han fijado en los falsos. Y existe con las circunstancias agravantes de ser voluntario y hasta premeditado, y no ser de Shakespeare, sino mío.

La primera entrevista que tuvo Antonio con Cleopatra, después de casado y separado de Octavia, no se verificó en este tiempo ni tampoco en este lugar. Se verificó en Siria, donde los negocios públicos retenían á Antonio, y mucho antes de que éste volviera á Alejandría. El triunviro, muy impaciente como enamorado y muy descortés como señor de reyes y reinas, se hizo llevar á Cleopatra enviando por ella á Fonteyo Capitón, quien la condujo desde Egipto á Siria.

Coloco casi juntas la noticia del casamiento de Antonio y la llegada de éste, siendo así que entre ellas medió mucho tiempo. Es una de esas condensaciones de que hablo en la nota 6.

He faltado á sabiendas á la verdad histórica por necesidades del drama. Y puesto que lo confieso espontáneamente, permíñeme el dios de las licencias poéticas.

- ANT. Te lo juro, único amor mío, moriré en Egipto.
- CLEOP. Pues entonces, si no mientes, recuéstate ya en tu sepulcro. (Le hace sentar en un cojín y apoyar la cabeza en el regazo.)
- ANT. Más quiero morir así, que vivir aburrido en las grandezas del Capitolio. Me atolondra aquel trabajar de colmena zumbadora. Me fatiga la obligación de pensar por todos los romanos. Mi autoridad, mi poder, mis conquistas, la tercera parte del mundo que me pertenece como triunfador de Roma, todo es tuyo, todo cae ahora en tu falda para que juegues con ello, como juegas con tus rosas de Alejandría. (Cleopatra, efectivamente, juega con unas rosas.)
- ENOB. ¿Renuncias á tu fuerza?
- ANT. No me importa perderla, mientras me sustenten los brazos de mi egipcia.
- CLEOP. César te llamará á Italia...
- ANT. (Con desdén.) Venga él aquí si necesita encontrarme y le enseñaré lo que son las glorias verdaderas. ¿Qué sabe de ellas si no conoce el triunfo de ser amado de Cleopatra? ¿Qué sabe de esto ese rapazuelo con canas en el corazón, que sólo halla placeres en el mando, que pone todos sus amores en esa vieja prostituta llamada Roma?
- ENOB. Roma está perdida si te separas de César.
- ANT. Sálvela él si puede. Allá se las haya y se las gobierne con sus poetas, sus jurisconsultos, sus

oradores y sus legionarios. El á los negocios, yo á tus amores. Sólo quiero de Italia una cosa; sus vinos.

CLEOP. Levantad en la plaza pública mi tribuna de plata, y sobre ella dos tronos de oro (9). Quiero festejar tu llegada prèsentándonos juntos al pueblo de Alejandría.

ANT. Y para completar el festejo proclamaré reyes de reyes á nuestros hijos.

CLEOP. (Orgullosa.) Para tanta solemnidad no basta mi manto real ni mi corona. La amada del omnipotente Antonio es más que mujer y más que reina. Vestidme, pues, el traje de la diosa Isis.

CARMIA. Los sacerdotes se escandalizarán.

CLEOP. ¿Pues qué? ¿No me cae mejor que á ella? Los sacerdotes me adorarán con frente en el suelo.

CARMIA. ¿Pero no será profanación?

CLEOP. ¿Profanación? La habrá cuando vuelva á la diosa el traje que ha tocado mi cuerpo.

ANT. A la mesa.

CLEOP. (Echándole el brazo al cuello.) Pero así; para que todos nos vean unidos por lazo perpetuo.

ANT. Desceñidme la espada. (Carmia se la quita, y des-

(9) Esta presentación de Antonio y Cleopatra en tronos de oro, la proclamación de sus hijos por reyes y la irreverencia de vestirse con el traje de Isis son históricas, aunque no se efectuaron en la ocasión de la primera entrevista de los amantes, porque ésta se verificó en Siria, como queda dicho, y aquellos hechos ocurrieron en Alejanería mucho tiempo después, cuando Antonio regresó á Egipto. Aquí los presento en acción y en las personas que los ejecutaron. Shakespeare los presenta en la escena sexta del acto tercero en relación y en boca de César, que los cuenta á Agripa como sucedidos.

pues dice Antonio á Cleopatra.) Me estorbaba para abrazarte. Guárdamela tú como otras veces.

ENOB. Acaso la necesitarás contra César. Pronto caerá sobre tí para vengar los agravios de su hermana. ¿No lo temes?

ANT. Lo espero, no lo temo. Que venga ya; le recibiré en tus brazos.

CLEOP. ¿Dónde estarás mejor defendido? Si se acerca le adormeceré con la mirada. Aún me bullen los ojos que abrasaron á su padre. ¡Y era el Dictador!

(TELÓN)



ACTO TERCERO ⁽¹⁾

La misma decoración de los actos anteriores.

ESCENA PRIMERA (2)

ENOBARBO, EROS, ESCARO y soldados de ANTONIO

SOL. Perdido todo.

ESCARO. La derrota es decisiva. No queda ni un grano del poder de Antonio.

SOL. Su poder era como la sal. Se conservaba en seco: lo ha echado en el agua, y se ha disuelto.

ESCARO. ¡Maldita afición que hemos tomado al agua des-

(1) Está compuesto con parte de los actos tercero y cuarto del drama shakeriano, y con escenas y adiciones mías. Las escenas, ó mejor dicho, fragmentos de escenas que he conservado, son la undécima y la décimatercera del acto tercero y la décimatercera y décimacuarta del cuarto. El orden y la composición de las escenas difieren del original; en las notas correspondientes se verá cuáles de éstas corresponden con las de la refundición. De modo que de dos actos he tomado cuatro escenas y suprimido ocho con ocho mutaciones del acto tercero, y doce con otras doce mutaciones del cuarto. Esas escenas pasan en Roma, en Atenas, en el promontorio de Accio, en los campamentos de César y Antonio, y en varios lugares de Alejandria.

(2) Es nueva, aunque contiene algunas frases de las escenas séptima y décima del acto tercero. Presento en relación lo que Shakespeare pone en acción en sus actos segundo, tercero y cuarto, como es el combate naval de Accio, la terquedad de Antonio en luchar por mar, la fuga de sus naves detrás de las de Cleopatra; la batalla de Alejandria y la traición de la reina de Egipto. Todo eso se da por acaecido antes de empezar este acto, y Antonio aparece ya vencido y á merced de su rival. No hay necesidad de presenciar esos sucesos. Basta á mi propósito exponerlos como antecedentes, para llegar á las consecuencias dramáticas que producen en el ánimo y en los caracteres de Antonio y Cleopatra.

de que estamos en Egipto, Después de la zambullida de Accio habíamos vencido á César por tierra. ¿Por qué volver al mar?

Neptuno ha vencido á Marte.

ENOB. ¡Eh! ¿murmurais de los dioses?

SOL. No: de los hombres.

ENOB. No murmureis tampoco de los hombres, sino de la fortuna que se nos ahoga.

ESCARO. La fortuna no tiene más pies que los que le damos; á buen seguro que no se ahogaría si no la hubiéramos llevado al agua.

ENOB. Entonces murmurais de los que la han remojado: de nuestros jefes.

SOL. Y todo el ejército se queja de ellos.

ESCARO. No tienen la culpa. Aconsejaron y advirtieron á Antonio lo que debían.

ENOB. No hay ya para él razones humanas ni divinas. Con el amor se pega el carácter. Es caprichoso como Cleopatra; como dos Cleopatras, porque sufre los caprichos de ella y los suyos propios.

SOL. Bien le advertí cara á cara que no luchase por mar.

Nosotros hemos vencido siempre á pie y en tierra firme. Como soy simple soldado me desatendió. Pero á vosotros los jefes...

ESCARO. Nos pasó lo mismo. Díjele que si César le provocaba por mar no aceptara. Y me contestó como á tí: «¡por mar, por mar!»

ENOB. Yo también le avisé. Es locura, señor, desperdi-

ciar así las ventajas ciertas de nuestras diecinueve legiones y doce mil caballos, tropas veteranas y maestras. Entregas tu pericia militar, tu táctica famosa y tus éxitos seguros al azar de cuatro tablas viejas, tripuladas por segadores y gentes de leva. César trae buques marineros, bien gobernados por los que han combatido á diario contra las escuadras de Pompeyo. Por tierra, señor, por tierra. Y también me dijo, el testarudo, ¡Por mar, por mar!

ESCARO. Clopatra le había dicho: ¡por mar! y todo era mar ante los ojos de Antonio.

¿Por qué se mete en la guerra ese estorbo?

ENOB. Por eso; porque estorba. ¿Creerá esa Reina alegre que se trata de un simulacro naval para diversión de sus damas? ¿Pensará que la lucha entre César y Antonio es una riña de dos eunucos enojados?

ESCARO. Los varones romanos perdíamos los reinos á lanzadas: hoy se pierde por pura ineptitud el pedazo principal del mundo.

Los reinos y las provincias se van á besos y abrazos.

EROS. ¡Tristemente acaba nuestra fortuna! Vencido antes en Accio: vencido en el mar egipcio, vencido ante Alejandría, abandonado de sus mejores tropas, ¿qué le queda á Antonio?

ESCARO. Entregarse á César que castigará con la muerte los agravios recibidos.

SOL. Le desea algo peor que la muerte: le humillará con su misericordia.

EROS. Se equivoca: Antonio no es astro para vivir caído: ó en la cima ó bajo la tierra, ó luz ó ceniza.

Y vosotros los que miráis siempre á Oriente, adorad el sol que nace. La mala fortuna corrompe hasta á los hombres honrados. Idos con la buena que no pide sacrificios á la conciencia ni á la comodidad.

El infortunio es ya el único compañero que le queda á Antonio.

Por eso me envía á vosotros con su despedida y su última orden.

ESCARO. ¿Cuál?

EROS. La que dan sólo los corazones magnánimos, y cumplen bien los pusilánimes. Quiere que su ruina no alcance á sus amigos: que perdido él, os salvéis vosotros. Que cada cual vaya donde guste y haga lo que le convenga.

SOL. Ya lo veis: nos licencia.

EROS. Antes que os licenciéis vosotros. No quiere conocer la ingratitud. (Viendo aparecer á Cleopatra.) La Reina. (Se van.)

ESCENA II (3)

DIOMEDES, CLEOPATRA que entra sostenida por CARMIA
y EIRAS

CLEOP. Dices que has visto á Antonio.

DIOM. Le he visto llorar su derrota.

CLEOP. ¿Se dirige hacia aquí?

DIOM. ¿Lo preguntas porque quieres verle ó porque
temes verlo?

CLEOP. En verdad, no lo sé. ¿Estará enojado conmigo?

DIOM. Es tan ciego que está más enojado con la suerte
que contigo.

CLEOP. Y sin embargo debiera estar más enojado con-
migo que con la suerte.

La suerte le amaba y yo le he robado su amor.

Si Antonio reflexiona sobre esto... ¡Ay de mí!

CARMIA. Nunca ha reflexionado en tu presencia.

CLEOP. No reflexionaba. ¿Habré perdido el poder má-
gico con que amansaba sus iras?

(3) Es también nueva. La estratagema que Carmia sugiere á Cleopatra, de encerrarse en el mausoleo, está tomada de la escena décimatercera del acto cuarto. He creído conveniente al enlace y desarrollo de la acción cambiarla de lugar anteponiéndola á otras escenas. En el original están juntos el proyecto de fingir la muerte y el momento de comunicársela á Antonio. Entre el propósito y la ejecución median sólo tan pocas palabras, que ni dan materialmente tiempo para que Cleopatra llegue al mausoleo. Además parece verosímil que Cleopatra, confiada todavía en su poder fascinador sobre su amante dejase para último recurso y caso extremo esta ficción que ella misma considera peligrosa para Antonio, como lo demuestra arrepintiéndose inmediatamente de su ardid y deshaciéndolo, aunque tarde, en la escena siguiente. Fuera de ese pasaje, toda la escena es mía.

Antes, cuando era niña, no le hubiera temido... Pero ahora... Aconsejadme. No, vosotras no: me queréis demasiado. Dadme mi espejo de plata. El me aconsejará. (Le dan un espejo de mano y le devuelve sin mirarse en él.)

Tampoco: temo á sus reflejos más que á los de la espada de Antonio. Amparadme, damas mías: amparad á la mujer sin cetro.

CARMIA. Aún eres Reina de Egipto.

CLEOP. No hablo del cetro real: ese se recobra en un día de fortuna. Pero el de mujer pierde su poder más cada día.

CARMIA. Y la astucia lo gana más en cada año. Señora, retírate al mausoleo, y desde allí manda á Antonio la noticia de que has muerto. Eso desarrollará su furia.

CLEOP. Ves como tenemos demasiados años. Discurrimos ya muy bien. Sí, sí, al mausoleo, después, después. Ese es siempre el último paso. Antes quiero probar... ¡Quizá!...

DIOM. No te arriesgues á la prueba.

CLEOP. ¡He arriesgado tantos peligros! Ahora espero á Antonio: le espero. Después, vigílalo, Diomedes, y si se enfurece, cuando comprendas que el golpe de su espada no tiene quite, entonces le dirás que me he dado la muerte, que mi última palabra fué el nombre de Antonio. Adorna el cuento con frases amorosas. Borda la trama con colores negros. Tú eres inteligente. Y ahora

apáguese en mi sangre el orgullo de los Farao-
nes. Sumisión y silencio: como si estuviera en
el mausoleo. ¡Ah, que las momias sagradas de
mis antepasados me trasmitan su calma se-
pulcral.

CARMIA. Ahí viene. Más que un náufrago de la desgra-
cia, que pisa tierra, parece un borracho caído
en el fango. No anda se tambalea.

ESCENA III (4)

Dichos, ENOBARBO, ESCARO, EROS y ANTONIO.

ANT. La tierra me dice que no vuelva á pisarla. Se
avergüenza de sostenerme. Idos, amigos míos.
La fortuna y yo nos despedimos aquí: todo se
me niega ya. Huid de mí.

ESCARO. ¿Huir? ¡Eso no!

ANT. ¿No he huído yo mismo? Pues os he enseñado á
volver la espalda. Para la vida que he de llevar
no necesito ya de vuestra fidelidad. Dejadme
ahora. Os lo ruego.

ESCARO. Señor... rogarlo...

ANT. Lo ruego, es claro. He perdido toda mi autori-
dad y ya sólo me toca implorar lo que desee.
(Enobarbo y Escaro se van. Antonio se sienta con gran

(4) Compuesta con parte mía y parte de la undécima y frases de la décima-
tercera del tercer acto original. Allí Eufonio en persona da cuenta de su
mensaje: aquí la da Enobarbo en nombre de Eufonio. El resultado es el mis-
mo y se ahorra un personaje en el drama.

abatimiento lejos de Cleopatra. Le acompaña Eros. Las mujeres hablan en grupo separado de Antonio hasta que se indique otra cosa.)

ANT. (Como respondiendo á reflexiones interiores.) ¡No!
¡No! ¡No!

EROS. ¿Qué dices, señor?

ANT. ¡Qué vergüenza! ¡qué vergüenza!

CARMIA. (A Cleopatra animándola.) Señora...!

EROS. (A Antonio también para consolarlo.) ¡Señor...
Señor...!

ANT. (Como abstraído en su pensamiento y sin hacer caso de Eros. Hablando consigo.) Sí, señor era; señor, sí. Y él allá en Filipos blandía la espada (Por César.) como un bailarín en el espectáculo, mientras yo hería al arrugado Casio y arrojaba á la muerte al demente Bruto. No tenía práctica ninguna en el arte militar... Y ahora... ahora...

CLEOP. (A sus damas.) ¡Ah! separáos...

EIRAS. Véte con él para consolarlo. La vergüenza le está consumiendo.

CLEOP. Iré. Ayudadme á levantarme. Sostenedme. (Se dirige hacia Antonio.)

CARMIA. (Adelantándose hacia Antonio.) Levántate, señor: la Reina se acerca. Viene muy conmovida: si no la consuelas muere de dolor.

ANT. He perdido mi honor. ¡Miserable apostasía!

EROS. Señor: la Reina está en tu presencia.

ANT. Reina de Egipto ¿á dónde me has llevado? Tengo que ocultar mi deshonra de tus ojos: ni me atrevo á mirarlos, cuando eran antes mi encanto.

- CLEOP. ¡Ah! dueño mío; perdón. Te pido perdón.
- ANT. Ahora me será forzoso humillarme ante ese mozalvete: andar lisonjeándole con trazas serviles: ¡yo, que hice y deshice imperios á mi antojo!: ¡yo, que he jugado con la mitad del mundo!
- CLEOP. ¡Perdón, amor mío, otra vez perdón! (Llorando.)
¡Si no me perdonas, moriré!
- ANT. No llores: lo que he perdido no vale una lágrima tuya. ¡Bien sabe la fortuna que cuando me trata peor más la desprecio!
- CLEOP. Así te amaran los dioses como te ama tu Cleopatra.
- ENOB. (Entrando dice á Antonio.) El preceptor Eufronio vuelve ahora.
- ANT. Ha visto á César? (Habla aparte y en voz baja con Enobarbo.)
- CLEOP. (Aparte á Carmia.) Carmia, todavía puede con él mi llanto más que su infortunio.
- CARMIA. ¿Y eso te alegra? ¿Piensas seguir al vencido? Fuiste siempre muy caprichosa.
- CLEOP. Muy caprichosa; pero aún hay una hembra más caprichosa: la Fortuna. Sólo la muerte nos vence de una vez.
- CARMIA. Si quieres tu corona, nadie sino César puede dártela.
- CLEOP. Necesito también la cabeza. Si este romano iracundo me la quita, dime, camarera mía, ¿dónde colocarás la corona que me dé César?

- ANT. (A Enobarbo.) ¿Por qué Eufronio no ha venido á darme la respuesta de César?
- ENOB. (Vacilando.) Señor... quizá no se atreva; te quiere tanto!...
- ANT. ¿Es tan áspera la respuesta que no se atreve á echarla en mi oído?
- ENOB. Es amarga.
- ANT. Por eso debéis escupirla pronto de la boca. Dime sin rodeos; ¿qué responde César?
- ENOB. Que tratará con benevolencia á la Reina... pero...
- ANT. No quiero condiciones para la Reina.
- ENOB. Pues hay una condición. La de que ha de entregarle tu persona.
- ANT. ¿Quiere mi cabeza? Se la doy; pero ha de tomarla él, cara á cara, quitándomela por su mano de mis hombros. Si se despoja de sus prerrogativas le reto á combate singular. Esto, esto voy á escribirle. (Se va con Eros.)

ESCENA IV (5)

CLEOPATRA, CARMIA, EIRAS, ENOBARBO, después TIRREO.

- ENOB. ¡Fácil es eso! El César poderoso va á renunciar á sus ventajas y á luchar cuerpo á cuerpo como un gladiador del circo.

(5) Es una parte de la décimatercera del tercer acto original.

La desgracia trastorna el juicio de los hombres; si Antonio lo tuviera cabal ¿cómo podría pretender tal desatino? César, has vencido y deshecho todo en Antonio, ¡hasta su razón!

CLEOP. ¿Qué haremos Enobarbo?

ENOB. Meditar y morir.

CLEOP. Pero, dí, ¿la culpa de esto es mía, ó es de Antonio?

ENOB. ¿Empiezas á preparar tu justificación?

CLEOP. No; pero bien mirado...

ENOB. Pues, sí; bien mirado la culpa es de Antonio, que se dejó gobernar por sus caprichos. ¿Qué importaba que abandonaras el combate para que él lo continuase? ¿Quién le mandaba seguirte? Nunca su amor debió de estorbar á su calidad de jefe cuando la mitad del mundo luchaba en frente de la otra mitad.

CLEOP. ¡Calla, calla, te lo suplico! (Entra Tirreo.)

TIRREO. Vengo en nombre de César.

CLEOP. (Con altivez y amargura.) ¡Qué! ¿Se entra aquí sin más permiso ni ceremonia? Ya lo véis; pisotean la rosa marchitada, y adoraron de rodillas el capullo! (A Tirreo.) ¿Qué quiere César?

TIRREO. Oyeme sin testigos.

CLEOP. Aquí no hay sino amigos: habla con libertad.

TIRREO. Pero son también amigos de Antonio.

ENOB. Bien necesita tener tantos como tiene su vencedor. Ten confianza en mí. Es verdad que soy amigo de Antonio: pero por eso mismo soy de

quien él sea: mi amo pertenece ya á César; por tanto, soy de César.

TIRREO. En ese caso hablaré. Escúchame, Reina famosa en el mundo. Mi señor te ruega que en las circunstancias presentes consideres que él es siempre el noble César.

CLEOP. Así lo considero. Sigue.

TIRREO. Tiene la certeza de que te uniste á Antonio, no por cariño, sino por temor.

CLEOP. ¿Piensa así?...

TIRREO. Y por ello te compadece en vez de culparte y es benévolo con las manchas de tu honor, más impuestas que merecidas.

CLEOP. Bien se vé que César es un dios, porque sabe la verdad: Mi honor no fué vendido, sino asaltado.

ENOB. (Aparte.) Antonio, Antonio, te abandonan ya los que más has amado. (Váse.)

TIRREO. ¿Qué deseos tuyos he de transmitir á mi señor? Te ruega que le pidas algo; y le complacería mucho que aceptases su protección.

CLEOP. Debo complacerlo.

TIRREO. Sobre todas las cosas le lisonjearía saber que tú, abandonando á Antonio, le reconocías por señor universal.

CLEOP. ¿Tu nombre?

TIRREO. Tirreo.

CLEOP. Tirreo, gentil embajador del gran César, dí á tu amo que por tu conducto beso su mano triun-

fante. Dile que me hallo dispuesta á postrarme á sus pies y á dejar en ellos mi corona, y que de su autoridad depende la suerte de Egipto.

TIRREO. Tomas el partido mejor.

No nos lleva á desastres la Fortuna cuando la discreción la endereza por el camino de lo posible, dejando aventuras irrealizables. Llevo noticias gratas. Y ahora en señal de benevolencia y en homenaje de mi parte, concédeme la gracia de besar tu mano.

CLEOP. (Dádosela á besar.) El padre de vuestro César, mientras pensaba conquistar el mundo, posó muchas veces sus lábios ahí, lloviendo besos sobre esa misma vena.

ESCENA V (6)

Dichos, ANTONIO que aparece cuando TIRREO está besando la mano de CLEOPATRA.

ANT. Con enojo al verlo.) ¡Galanteos! ¡Por vida de Júpiter! ¿Quién eres? (A Tirreo.)

TIRREO. Quien solamente cumple las órdenes del hombre más perfecto y más digno de ser obedecido.

ANT. Hablas de César, y te atreves... ante mí... (Llamando á los servidores.) ¡Venid aquí! (Nadie responde ni entra. ¡Vosotros, mis servidores! ¡Tam-

(6) Compuesta con otra parte de la referida décimatercera y parte mía.

poco entra nadie, y dice á voces y con ira.) ¡Voto á todos los dioses! ¿Qué es esto? ¿No obedecen? ¡Se ha derretido mi autoridad! (Con amargura.) ¡Ha poco me bastaba llamar á media voz y acudían en apresurado tropel los reyes para servirme! ¡No tenéis oídos! (Gritando furiosamente.) ¡Aún soy Antonio! (Entran varios servidores.) Azotad á ese atrevido.

TIRREO. ¡Al enviado de César!

ANT. Haría lo mismo con los reyes tributarios de tu César si osaran, como tú, tocar la mano de... ¡de esa! ¿cuál es su nombre? ¡porque ya no es Cleopatra! ¡Azotadlo hasta que os pida á gritos misericordia y perdón!

TIRREO. ¡Marco Antonio!...

ANT. ¡Mando que os lo llevéis, por su pie ó arrastrado! (A Tirreo.) Así, cuando en adelante la mano de alguna hermosura te dé hambre temblarás al contemplarla. (Los servidores se llevan á Tirreo. Antonio se dirige á Cleopatra y le dice con enojo amargo.) Y tú, quítate de mi vista. Cuando te conocí, estabas ya medio marchita. ¡Ah! Y yo he abandonado por tí almohada nupcial casi sin oprimirla; me he separado de una mujer que es honrada, y todo para verme ahora burlado por quien concede sus favores á un servidor mercenario.

CLEOP. ¡Antonio mío!

ANT. ¡Siempre has sido inconstante! Te hallé, vianda

trasnochada, en el plato que dejó el muerto César: recogí en tí las sobras de Pompeyo. No conoces la pureza, ni acaso sospechas lo que puede ser puro.

CLEOP. ¿Qué mal he hecho?

ANT. Permitir que un criado se tome libertades con los dedos que acaricia Antonio.

CLEOP. Trátame con más consideración.

ANT. Hablarte con cortesía fuera como tratar bien al verdugo que nos ahoga.

CLEOP. ¿Has acabado?

ANT. Sí; nuestra luna se eclipsó y todo anuncia la caída de Antonio.

Ya tratas de agradar á César, y para adularlo pones tus ojos en los servidores que le abrochan la túnica.

CLEOP. ¡Antonio, no me has conocido todavía!

ANT. Tu corazón está ya frío para mí.

CLEOP. ¡Amado mío, si es así ojalá que los dioses conviertan el hielo de este corazón en granizo envenenado, y que sus piedras caigan sobre mi cabeza, y sobre Cesarión y los engendros de mis entrañas y mis egipcios valerosos; y cuando todos hayamos perecido nos pudramos insepultos hasta que nos den tumba en su vientre los cíñifes y las moscas del Nilo!

ANT. ¿No es frialdad del corazón? Pues entonces es algo más vil. Es adulación que en su representante dedicas al vencedor. Siempre fuiste fortuna

- de los cortesanos y cortesana de la fortuna. Vete, vete con tu César, ya señor del mundo; que si lo es tuyo como si lo fuera del universo entero.
- CLEOP. El infortunio divorciado de la resignación se casa pronto con la injusticia. Eres muy injusto para mí. Antes que inclinarme á César, mi frente se inclinará al sepulcro.
- ANT. Vete, vete. No conozco en tí ni á la Reina de Egipto ni á la amada de Antonio.
- CLEOP. Pues vas á conocerla. (Se va con Carmia y Eiras.)

ESCENA VI (7)

ANTONIO y EROS, que entra por el foro á tiempo de ver la salida de CLEOPATRA.

- EROS. ¡Y la dejas así escaparse de tus manos!
- ANT. Porque mis manos, manos reblandecidas, no saben tocarla sino para acariciarla.
- EROS. Astuta gitana, nacida para tu perdición. Estaría lloriqueando, lo presumo. Gemido falso. Recuerda que es Reina de los cocodrilos.
- ANT. Lloraba y perjuraba amargamente.
- EROS. Sabe llorar por fuera cuando ve reír, y luego reír por dentro cuando ha hecho llorar.
- ANT. Sé que las lágrimas son en sus ojos como lluvias del cielo en la tierra: no suben del manan-

(7) Nueva y enteramente mía.

tial hondo de su corazón; caen de los nublados de su cabeza. ¡Ah, Eros, Eros! ¿por qué son tan hermosos esos ojos?

EROS. Lloraba, y antes te había vendido al vencedor, y contrataba su corona por tu cabeza.

ANT. No se la pagará á ese precio. Mi cabeza que antes pesaba lo que el mundo no vale hoy ni la corona de loto de este mísero arenal de Egipto.

EROS. ¿No sabes que ha entregado tu ejército á Octavio?

ANT. Eros, no derrames las palabras al azar: ó te juegas mi vida, ó te juegas la tuya.

EROS. ¿No sabes que entre ella y Octavio van y vienen embajadores?

ANT. Es mujer: teme á César.

EROS. Por eso le llama á Alejandría. Porque le teme le quiere ver de cerca: la hermosura vence mejor á los hombres luchando á brazo partido.

ANT. ¡Eros! (Irritado y con fuerza.)

EROS. Acuérdate; temió á Julio César, el dictador de Roma, y le hizo su amante.

ANT. (Con furor creciente.) ¡Eros!

EROS. Temió á Pompeyo, y le hizo su amante.

ANT. ¡Eros! ¡Eros!

EROS. Te temió á tí, y te hizo su amante. Desconfía de miedos que paran siempre en amores.

ANT. (Furioso y acometiéndole.) ¡Miserable! Si eso es mentira, cállate; si es verdad, trágatelo con la lengua para que no vuelvan á oírlo oídos humanos!

- EROS. Si es **mentira**, márame: está bien. Si es verdad, mácala á ella.
- ANT. Por eso sí la mataré: la mataré. **Entregue** mis escuadras como en Accio: yo la seguí en su **fuga**. Venda mis legiones: yo las vendería por ella. Incendie el imperio de Roma: yo lo he incendiado para luminaria de nuestro amor. Pero vender un beso. ¡qué un beso! vender una mirada, una sola mirada... ¡Eso no! ¡eso no lo venderás! Entre Octavio: encontrará muertos esos ojos; acaben ya de encender el mundo. (Tira de la espada y se dispone á salir en busca de Cleopatra, cuando Diomedes sale á su encuentro y le detiene.)

ESCENA VII (8)

Dichos y DIOMEDES

- ANT. (Dirigiéndose furioso á Diomedes.) Tu ama vil me ha vendido.
- DIOM. No, mi señora te amaba. Su suerte estaba unida á la tuya.
- ANT. Calla, esclavo insolente. Me ha hecho traición y por ella morirá.
- DIOM. La muerte es deuda que se paga una sola vez: mi ama la ha pagado. Lo que intentas hacer está hecho. ¿Sabes cuál fué su última frase? «An-

(8) Es una parte de la escena décimacuarta del cuarto acto original.

tonio, noble Antonio»—dijo—y un quejido de dolor partió en dos mitades la palabra *An-tonio* que pasaba desde el corazón á los labios. Murió sepultando tu nombre en su boca cerrada para siempre.

ANT. (Con desesperación.) ¡Muerta Cleopatra!

DIOM. Muerta.

ANT. ¡Se apagó el astro del mundo y llega la noche de mi vida! (Diomedes se vá. Antonio dice á Eros.) Desármame. Ha acabado la obligación de mi día y es necesario dormir. Quítame esto. (Por la coraza.) No bastaría una coraza de siete forros para contener los golpes de mi sangre; ¡Pártete en dos, pecho mío! Corazón, sé más fuerte que el hombre que te encierra y rompe tu cárcel fragilísima. Pronto, Eros, desnúdame pronto. (Tirando las piezas de la armadura que Eros le quita.) Ya no soy soldado. Lejos de mí, hierros mal-trechos: os he llevado noblemente: ídos para siempre.

Todo ha concluído: descansemos y no andemos más. Ya voy, querida Reina; espérame. Iremos, unidas nuestras manos, á donde las almas se acuestan sobre flores. Las sombras contemplarán nuestra resolución. Acércate, Eros.

Con la muerte de esa mujer, veo más clara mi baja. Yo, que he dividido al mundo con esta espada, ¿he de tener menos valor que una hembra? ¿Ha de ganarme en magnanimidad la que.

matándose, sabe decir á César. «Nadie me venció; me vencí yo misma.»? (Con solemnidad.) Eros, me has jurado que si llegaba el trance de verme deshonorado, me matarías cuando yo te lo mandara. Ha llegado el trance. Te lo mando. (Pausa.) ¿No me hieres?

EROS. ¡Defiéndanme los dioses! ¿He de hacer yo lo que no quisieron hacer las flechas partas aún siendo enemigas?

ANT. ¿Quieres, acaso, ver en Roma á tu señor, doblado el cuello humilde, y abatidos los ojos por la afrenta, contemplando como rueda el carro triunfal de César vencedor?

EROS. No quiero verlo.

ANT. Acércate entonces, y desenvaina tu acero.

EROS. Perdóname, señor...

ANT. Cuando te dí la libertad ¿no me juraste que lo harías? Hazlo; si no, son vanos cuantos servicios me has prestado.

EROS. (Después de vacilar.) Pues bien, vuelve allá ese noble rostro, luz del mundo entero.

ANT. (Volviendo la espalda á Eros.) Ya no lo ves.

EROS. (Desenvainando la espada.) La espada está pronta.

ANT. Pues cumple tu juramento.

EROS. Cumpliré mi deber. Pero antes, mi querido jefe, deja que te diga: «adios».

ANT. Queda dicho y, «¡adios!»

EROS. ¡Adios, mi excelso amo! ¿Hiero ya? (Apoya la espada en tierra y se coloca la punta en el pecho.)

- ANT. ¡Hiere ya!
- EROS. (Cayendo sobre la espada.) ¡Está hecho! (Cae muerto.)
- ANT. (Sobre el cuerpo de Eros.) ¡Eres tres veces más noble que yo! Me enseñas lo que he debido hacer sin encomendártelo á tí. ¡¡Cleopatra, Eros: el que fué tu amante, el que fué tu amo, tiene que aprender de vosotros!! (Apoya su espada en tierra y se arroja sobre ella. (9). Cae, pero no muere.) ¡No he sabido herir como ellos! (Llamando.) ¡Matadme!

ESCENA VIII (10)

ANTONIO, ESCARO y soldados.—DIOMEDES; éste cuando se indique.

- ANT. Amigos míos; acabad lo que yo he comenzado. Máteme aquél de vosotros que más me quiera.
- DIOM. (Entrando por el foro.) ¿Dónde está Antonio? Decid, ¿vive?
- ANT. (Al ver á Diomedes.) Diomedes, ¿qué nueva desgracia traes?
- DIOM. Mi Reina me envía á tí.
- ANT. ¿Cuándo te ha enviado?
- DIOM. Señor, ahora mismo.
- ANT. (Con espanto.) ¿Ahora? ¿Pues, dónde está?

(9) Antonio se atravesó con la espada arrojándose sobre su lecho.

(10) Es otra parte de la misma décimacuarta del cuarto acto, que no acaba así en el original. Sigue otra escena con mutación que representa el mausoleo adonde es conducido Antonio, que muere allí en brazos de Cleopatra. Esa escena última del acto cuarto original pasa á ser la primera del cuarto en el arreglo.

- DIOM. Huyendo de tí se encerró en su mausoleo. Cuando la acusaste, sin razón, de estar vendida á César, ideó anunciarte su muerte para aplacar tu furor. Temiendo después las consecuencias de su ardid, me manda para descubrirte la ficción. ¡Ah! ¡su temor era profético! Llega tarde la verdad.
- ANT. Tarde, sí; ¡tarde! ¡Socorredme! quiero otra vez la vida. (Se acercan Escaro y los soldados, y levantan del suelo á Antonio, que les dice.) Llevadme al lado de Cleopatra; si puedo llegar.
- DIOM. ¡Día funesto!
- ANT. Llevadme deprisa, por las veces que yo os he conducido. Cargad con mi cuerpo. Es el último servicio que hacéis á vuestro general. Ya no podrá pedir os otro. Vais á descansar de su mando, y él también á descansar para siempre. (Sostenido por sus soldados, que le llevan casi en brazos se dirige hacia el foro. Hace esfuerzos supremos, pero inútiles, para andar deprisa, manifestando su ansiedad por llegar vivo al lado de Cleopatra.)

(TELÓN)

ACTO CUARTO ⁽¹⁾

Habitación en el Mausoleo. Se ven en escena los atributos y joyas de la corona, el manto real y galas de Cleopatra.

ESCENA PRIMERA (2)

CLEOPATRA, CARMIA y EIRAS.

CLEOP. Carmia, ya no saldré nunca de este mausoleo.

CARMIA. Señora, tranquilízate.

CLEOP. No quiero. Desprecio toda consolación. Venga en buen hora lo más espantoso. ¡Oh! sol, extíngase la esfera en que flotas. Sumérgase todo en tinieblas. Muerto Antonio, ¿para qué se quiere ya la luz? ¡Si no hay que ver nada en el mundo! ¡Si ya se marchitó el laurel de la guerra! ¡Si se apagó la estrella polar de los soldados!

(1) Este acto está compuesto con parte del quinto y la escena última del cuarto, omitiendo la llegada de Antonio y su muerte que se suponen pasadas en el entreacto. He suprimido una mutación que figura el campamento de César cerca de Alejandría, y suprimido la escena en que Proculeyo y sus soldados entran en el mausoleo por una ventana, la escena entre Cleopatra y Octavio César, y la escena en que el rústico trae la cesta donde viene el aspid.

(2) Está compuesta con fragmentos y frases de la citada décimaquinta del acto cuarto y de la segunda del quinto, aunque ordenadas de manera diferente.

¡Si se ha ido para siempre lo grande, y nadie levanta un codo sobre el suelo!

EIRAS. Resignación, señora.

CARMIA. Reina de Egipto, Emperatriz mía.

CLEOP. ¡Mujer tan sólo! Y gobernada por los mismos sentimientos que la miserable que ordeña sus vacas. ¡Resignación! ¡Necia resignación! Arrojaré mi cetro á la cara de los dioses que me afligen! (Pausa breve.) Decid: Cuando la muerte no nos llama, ¿será pecado ir á su escondida casa? (Otra pausa. Eiras y Carmia se muestran asustadas.) ¿Qué pensáis? ¡Ah! ¡mujeres! Vamos, vamos: tened valor. ¿Qué es todo ello? Nuestra lámpara se apagó. ¡Animo! Cumpliremos á la usanza romana y haremos que la muerte se enamore de nosotras.

Ahora empiezo á vislumbrar vida mejor que esta. Es vileza pertenecer á César, cuando César no es la misma fortuna, sino un simple instrumento de sus caprichos.

En cambio es noble afrontar lo que termina todos nuestros actos, así nuestras dichas como nuestros dolores: lo que serena estos vaivenes del oleaje.

ESCENA II (3)

CLEOPATRA, CARMIA, EIRAS y DIOMEDES

DIOM. Señora, Proculayo quiere llegar á tu presencia.

CLEOP. Muerto Antonio, no me fío de ningún romano.
¿Por qué me lo anuncias?

DIOM. Porque es el único de quien puedes fiar. Precisamente te lo recomendaba Antonio en sus últimas frases.

CLEOP. Ni en ese: en nadie del partido de César. Sólo fío en mi resolución. (Coge un puñal y lo oculta entre su ropa.) Pasen, pues, esos romanos. (Diomedes se va.) Estoy bien guardada por quienes no han hecho en la vida más traición á mi honra que las que yo he deseado; mis manos. Vedlas cómo acarician á mi libertador. Quédese la servidumbre para los cobardes enamorados de la tierra.

Mientras el puñal tenga filo, la droga tenga poder ó el aspid aguijón, yo he de ser libre en las sombras del mausoleo antes que sierva en los esplendores de Roma.

(3) Nueva: contiene ideas incluidas en otras escenas del original.

ESCENA III (4)

Dichos, PROCULEYO y un soldado romano.

PROC. Reina de Egipto, por mi boca te saluda César y te suplica que le manifiestes la manera de complacer tus deseos.

CLEOP. César es muy generoso conmigo; pero no tanto como lo fué su padre.

Si tu amo pretende que las Reinas le pordioséen, dile que la majestad sólo puede pordiosear un reino. Que si le place conceder á mi hijo el Egipto, concediéndome lo que es mío, le daré las gracias de rodillas.

PROC. Pon tu confianza y tu seguridad en él. Has caído en manos nobles.

CLEOP. Exponle mis deseos y mi sumisión.

PROC. Le enviaré quien se los esponga. Yo no puedo dejar el mausoleo.

CLEOP. ¿Has venido quizá para ser carcelero mío?

PROC. Carcelero no: guardador que viene á defenderte de toda asechanza contra tu vida.

(4) Es parte de la segunda original, con adiciones mías. Lo que habla Proculeyo está allí repartido entre este personaje y Dolabela. He suprimido este papel porque lo que dice cabe muy bien en Proculeyo. El único fin práctico de estos papeles es el de determinar en Cleopatra la decisión del suicidio al conocer su situación desesperada, y el propósito de llevarla á Roma como trofeo de guerra en el triunfo de César. Basta que lo sepa por Proculeyo, con tanta más razón cuanto que Antonio se lo recomendó como el único romano de cuya conducta y palabra podía fiarse la Reina.

CLEOP. ¿Soy prisionera en suma?

CARMIA. ¡Oh, Reina, estás presa!

CLEOP. Pronto estaré libre. (Echa mano al puñal que ocultó antes y pretende herirse. Proculeyo lo impide desarmándola.)

PROC. Tente, tente, señora. No te hagas daño. No temas traición de mí.

CLEOP. Hasta á los perros se les evita la agonía de la muerte.

PROC. Matarte es ofender la generosidad de mi amo: quiere que el mundo vea su nobleza. Muerta tú, ¿cómo demostrarla?

CLEOP. (Con ironía.) No le conviene que me adelante á la muerte: quiere dárme la él más lenta y más afrentosa, arrastrándome en su triunfo.

¿No es eso? (Fuera de sí.) ¡Muerte! ¡Dónde estás? Ven, ven aquí; se te ofrece magnífica presa: una Reina vale más que los miles de niños y de mendigos que te llevas diariamente.

PROC. Calma, señora.

CLEOP. Aunque César no quiera, moriré; moriré de hambre, de sed, de sueño. No, no ha de verme maniatada en su corte, ni he de sufrir que la necia Octavia luzca su castidad á costa mía. Antes, corrompida charca me dé sepultura en Egipto. Antes desnuda en el fango del Nilo, me coman sus cocodrilos. Antes me sirva de horca la más alta pirámide de mi patria!

PROC. Exageras tu temores, para los cuales no te

- da motivo la conducta magnánima de César.
- CLEOP. Tú y tu amo estáis engañándome y me agrada poco ser engañada.
- PROC. No he mentido nunca ni engañado á nadie. Dañe á quien dañe, digo la verdad. (Breve pausa.)
- CLEOP. Dime, ¿te reirás mucho cuando los niños y las mujeres te narren sus cuentos?
- PROC. No sé donde vas
- CLEOP. A contarte un sueño mío. He soñado que hubo un Emperador llamado Antonio. ¡Cuánto diera yo por soñarlo otra vez y contemplar su imagen! (Con entusiasmo.) Su rostro era el cielo, con su sol y su luna, que alumbraban esta tierra miserable.
- PROC. ¡Ser maravilloso!
- CLEOP. Cabalgaba sobre los mares. Su brazo era sostén del universo. Su voz como música melodiosa para sus amados; para sus enemigos como trueno que conmovía el mundo. No conocían límites sus liberalidades, ni superioridad su grandeza; los reyes formaban su séquito y los reinos llovían de sus manos.
- ¿Crees tú que hay ni puede haber un hombre igual á ese?
- PROC. Señora, no lo creo.
- CLEOP. ¡Ves cómo sabes mentir y estás mintiendo ahora mismo!
- PROC. Te digo la verdad como la pienso.
- CLEOP. Pues si crees que Antonio valía más que César,

¿por qué no le seguiste? Y si crees que César vale más que Antonio, ¿por qué no lo proclamas?

PROC. Hago justicia á mis enemigos. Antonio era superior á César.

CLEOP. ¿Pues por qué has combatido á Antonio?

PROC. Porque quiero más á César y merece más nuestro amor. Te lo diré sin empacho y cara á cara. Antonio era el primer romano; desde que te conoció fué el último hombre.

CLEOP. Hablas en razón; quien tiene tal descaro no necesita engañar. No eres cortesano. Puedo fiarme de tí, preguntártelo todo y saber la verdad por terrible que sea.

(Con interés vivo.) Dime, ¿qué va á hacer de mí tu amo?

PROC. Aunque es noble, es al fin un vencedor...

CLEOP. (Con terror.) ¿Y me llevará á Roma en su triunfo?

PROC. Sí, te llevará; lo sé con certeza. (Pausa. Cleopatra queda como anonadada y dice como volviendo de una reflexión y con la energía de quien saca de ella una decisión suprema.)

CLEOP. Pues no lo sabes. Créeme á mí como yo te he creído á tí. (Proculeyo se retira como para salir. En el fondo dice aparte al soldado.)

PROC. Vigílala.

No basta que esté presa; César necesita que esté viva. (Mientras Proculeyo habla con el soldado, Cleopatra dice aparte á Carmia y Eiras.)

- CLEOP. Ya lo veis, hijas: César me halaga para no arrojarme á la desesperación.
Teme que mi muerte descomponga sus planes. Estaré preparada. Oye Carmia... (Dice unas palabras al oído de Carmia.)
- CARMIA. Bien, señora. (Se va Carmia. Vuelve Proculeyo.)
- PROC. Esta habitación es tu cárcel. De las demás del mausoleo dispongo yo. Voy á establecerme en ellas con mi guardia.
- CLEOP. ¿Hasta cuándo? Pero, la verdad: me la has prometido.
- PROC. César prepara su viaje por Siria; saldrá de aquí á tres días: tú y tus hijos iréis por delante.
- CLEOP. Te agradezco tu terrible nobleza. (Se va Proculeyo con el soldado.)

ESCENA V (5)

CLEOPATRA y EIRAS. Después CARMIA y PROCULEYO.

- CLEOP. Es seguro. César nos llevará como trofeo de guerra para ornato de su entrada triunfal en Roma. ¿Qué te parece? Seremos presentadas en espectáculo como fenómenos curiosos. Nos subirán á tablado público rudos operarios de túnica mugrienta, que nos apestarán con su hedor.

(5) Es otra parte de la segunda original. Allí está interrumpida por la entrada del rústico que tiene una escena con Cleopatra para entregarle la cesta de frutas, que son higos en el original y en la historia, verdadera ó fabulosa, de este incidente.

EIRAS. (Con asco.) Los dioses nos salven.

CLEOP. Eiras, es seguro. Los lictores mal criados nos empujarán como á viles mujerzuelas. Los poetastros nos sacarán en sus coplas. Los comediantes nos pondrán en escena, representando nuestras orgías alejandrinas. Y vestido de me-retriz, un niño de voz atiplada parodiará la grandeza de Cleopatra.

Tú lo verás, es seguro.

EIRAS. Es seguro que yo no lo veré, porque sé que mis uñas son más fuertes que mis ojos. (Haciendo ademán de arrancárselos.)

CLEOP. Sí, sólo de esa manera podremos burlar al vencedor. (Entra Carmia. Cleopatra al verla le pregunta: ¿Qué?)

CARMIA. Todo está hecho. Pronto vendrá.

CLEOP. (Con alegría siniestra.) ¡Ah! Vestidme, damas mías como á una Reina en el trono. Vengan mis galas. (Carmia y Eiras irán tomando, según lo indique el diálogo, los trajes de gala, joyas, corona y manto, y poniéndoselos á Cleopatra en los momentos oportunos.) Vuelvo á Cidno á encontrarme con Marco Antonio; allí le conocí. Pronto, que tengo prisa. Andad; después descansaremos definitivamente. Terminado este trabajo os daré licencia para mucho tiempo. Traedme mi corona real y mis joyas; las mejores, las de las grandes solemnidades. ¿Cuál mayor que ésta? Estaba prisionera y voy á proclamarme otra vez Reina.

Estaba muy lejos de Antonio y voy á dormir otra vez á su lado, en lecho cuya sábana marmórea nunca más se levantará. (Todas estas frases y las demás que se refieran á la idea de la muerte tomarán en Cleopatra inflexiones y acentos extraños, mezcla de las sensualidades de la tierra y los idealismos de la otra vida. Arrocamiento suavemente amargo; pero sin aparecer fúnebre ni sombrío. Un éxtasis de quien ve en la muerte un consuelo de todo lo perdido y una salvación de males más temidos, y á la vez no puede desapegarse de la vida, ni de los dolores de la carne.)

PROC. (Entrando.) Señora, un rústico egipcio te trae un regalo, rústico como él: un cesto de frutas.

CLEOP. ¡Y le llamas rústico! Hombre sapientísimo: sabe lo que no han sabido muchos doctos: amar á los caídos. Permítele la entrada.

PROC. No puedo: es decir, no debo.

Entrarán únicamente las frutas. (Hace una seña adentro y aparece un soldado que trae un cesto. Eiras lo coge y lo presenta á Cleopatra.)

CLEOP. Dile á ese buen amigo que en esta ocasión le agradezco su presente como si me trajese en él una corona. Aún quedan egipcios que piensan en su Reina. (Vánse Proculeyo y el soldado.)

CARMIA. (Bajo á Cleopatra.) Trae tu encargo: el aspid del Nilo.

CLEOP. (Con alegría siniestra.) Mira cómo un miserable puede ser instrumento de hazañas nobilísimas. Me trae la libertad eterna (Cleopatra examina el fondo de la cesta y dice:) El dulce jugo de las uvas

de Egipto no volverá á humedecer mis labios. Esta vez no me han engañado. Yo engañaré á Roma. Colócame la corona. (Lo hace Carmia.) Ahora mi manto real. ¡Pronto! ¡Pronto! Me parece que Antonio me llama. Lo veo incorporarse y alabar mi altivez. Oigo que se burla del triunfo de César; triunfos que los dioses envían á los hombres para disculpar los infortunios que han de enviarles después! Ya voy, ya voy, esposo mío; que mi valor me dá derecho para llamarte esposo. (Cleopatra dice lo que antecede como en una especie de delirio vago. Después se vuelve á sus damas y dice:) ¿Habeis terminado ya?

EIRAS. Ya no te hacemos falta.

CLEOP. Me habeis servido bien.

CARMIA. Mientras tú has querido.

CLEOP. (Con ternura.) Recibid el último calor de mis labios. Adiós mi buena Carmia. (A Eiras.) Eiras, adiós para siempre. (Besa con gran amor á ambas. Eiras, después de recibir el beso cae blandamente y muere. Cleopatra dice al verlo.) ¿Está el aspid en sus labios? (Breve pausa contemplando el cadáver de Eiras.) Si tan blandamente nos separamos de la vida, la muerte es el mordisco de un amante: duele y se desea.

Con muerte tan serena y silenciosa dices al mundo que no merece ni un triste «adiós.»

CARMIA. ¡Disolveos en lluvia, nubes celestiales, para mostrar que hasta los dioses lloran!

CLEOP. Eiras me humilla: si ve antes que yo á Antonio, va á gustar otra vez el beso que me pertenece. (Coge un aspid. Ven aquí, inculpable homicida. Desata ya la enredada madeja de mi existencia. Se aplica el aspid. Breve pausa.) No muerde. ¡Pobre aspid! Eres un imbécil sin hambre y sin rencor. ¡Enfurécete! ¡irritate y acaba! ¡Si pudieras hablar, cuánto gozaría yo en que llamasess estúpido al gran César!

CARMIA. ¡Estrella del Oriente!

CLEOP. ¡Calla! ¡Calla! ¿No ves que mi niño toma ya el pecho y adormece á su nodriza? (6)

Me penetra suavemente como si fuese bálsamo dulcísimo; esto pasa por mi ser como si pasara un céfiro apacible... ¡Oh, Antonio... empiezo á verte... Antonio! (Cleopatra inclina la cabeza blandamente y muere sin estertor ni convulsiones; como si la venciera un sueño tranquilo. La corona se le cae de la frente.)

CARMIA. ¡Se le cae la corona! (La coge y se la coloca de nuevo en la cabeza.) La llevarás hasta en la muerte. (Cerrándole los ojos.) Cerráos ya, hermosas ventanas. La luz no profanará más tan excelsos ojos. (Llamando.) Aquí soldados: la traición ha entrado en el mausoleo.

(6) Esta frase parece indicar que Cleopatra se aplicó al pecho el arpid. Plutarco dice que se le lo aplicó á los brazos.

ESCENA VI (7)

Dichas, PROCULEYO y soldados romanos.

PROC. ¿Traición?

CARMIA. Pero contra César.

PROC. (Examinando á Cleopatra.) ¡Muerta!

CARMIA. Decid á vuestro gran César, para abatir su orgullo, que tres mujeres egipcias le han vencido, burlándolo. Cleopatra ha muerto reinando. ¡Ved la corona en su cabeza!

PROC. Así correspondía á una Reina hija de cien Reyes. Para disfrutar de todos los amores, se ha enamorado una vez del decoro.

(TELÓN)

FIN DEL DRAMA

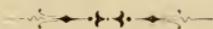
(7) Es nueva. Está hecha para abreviar el final del drama. En el original, después de muerta Cleopatra, entran César, Dolabela y unos soldados, y tienen una larga escena en presencia de los cadáveres, que allí son tres, porque Carmia muere también.

He suprimido el papel de Octavio César, porque aunque importante en el drama original, no es necesario en el nuevo plan de éste, que se reduce al asunto de Cleopatra. Suprimida la parte política del drama donde interesa Octavio, no había para qué sacarlo á última hora y para la única escena en que habla con Cleopatra.

Ademas viene á decirle en sustancia lo mismo que dice Proculeyo á quien él envía delante como embajador para tranquilizar a la Reina y entretenerla á fin de que no se mate.

La historia cree que en esa entrevista Cleopatra intentó, sin conseguirlo, atraer con sus seducciones á César, pero en Shakespeare no aparece esa seducción, y por tanto desaparece la importancia que pudiera tener la escena.

OBRAS DRAMÁTICAS DEL AUTOR



Pesetas

LA TORRE DE TALAVERA.—Drama histórico en un acto y en verso.....	1
MALDADES QUE SON JUSTICIAS.—Drama histórico en tres actos y en verso	2
EL NUDO GORDIANO.—Drama en tres actos y en verso (<i>edición XXII</i>).....	2
EL CIELO Ó EL SUELO.—Drama en tres actos y en verso (<i>edición III</i>).....	2 ✓
LAS ESCULTURAS DE CARNE.—Drama en tres actos y en verso (<i>edición III</i>).....	2
LAS VENGADORAS.—Drama en tres actos y en prosa (<i>edición primitiva</i>).....	2
LA VIDA PÚBLICA.—Drama en cuatro actos y en prosa (<i>edición II</i>).....	2
LAS VENGADORAS.—Comedia en tres actos y en prosa (refundida).....	2,50
EL CELOSO DE SU IMAGEN.—Drama trágico en tres actos y un epílogo, divididos en nueve cuadros.....	2 ✓
LA MUJER DE LOTH.—Drama en tres actos y en prosa (sin imprimir).....	»
LOS DOMADORES.—Drama en un acto y en prosa.....	1 ✓
HONOR SIN CONCIENCIA.—Monólogo (sin imprimir).....	»
¿INFIEL?—Comedia en tres actos y en prosa, arreglo en colaboración (sin imprimir).....	»



PRECIO: 2 PESETAS